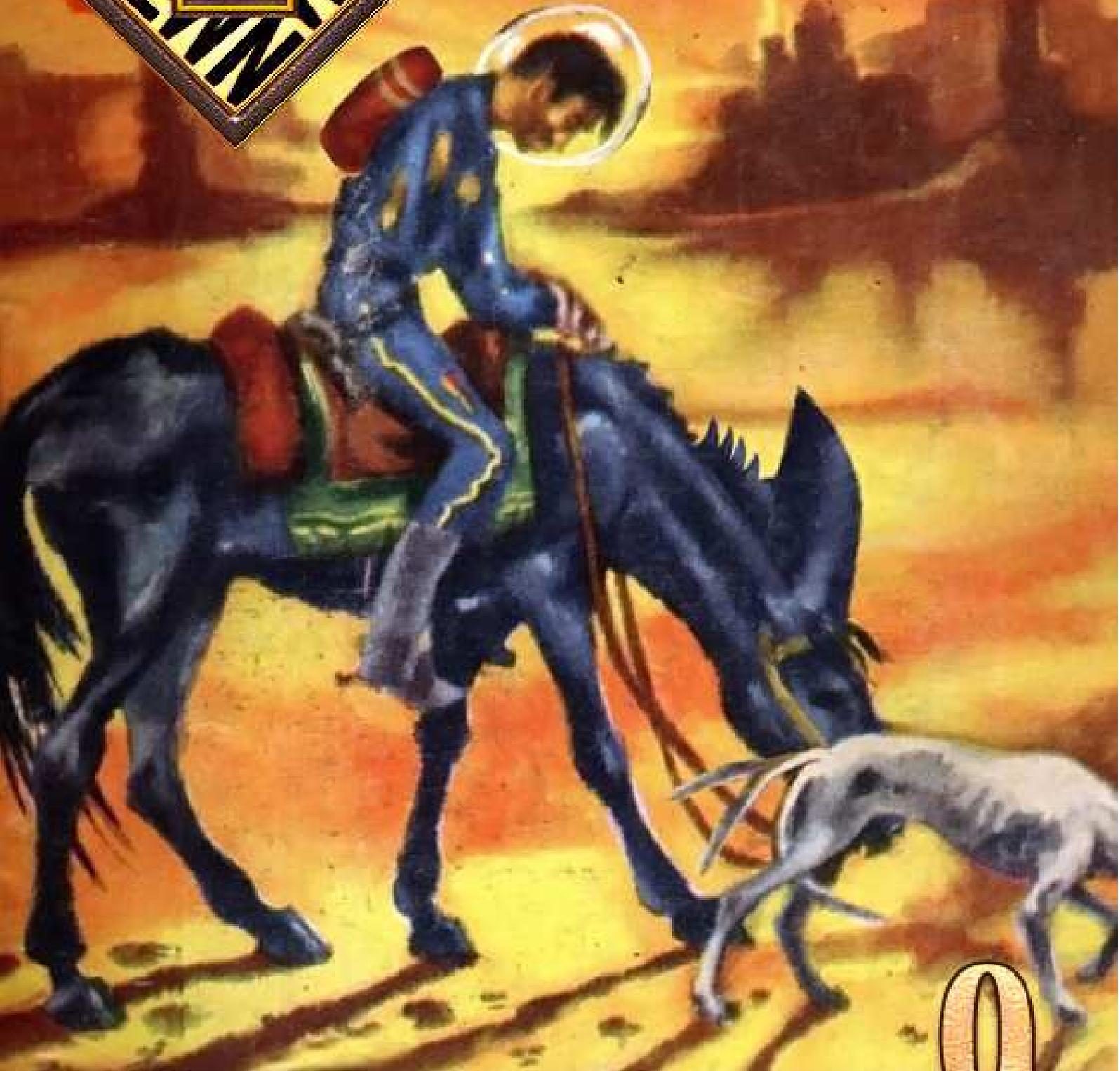


Ciencia Ficción  
Fantasía  
Terror



Ediciones Turas Mór

9

CUSCHIE



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

## Contenido

Editorial.....	3
Trazos de ayer: CUSCHIÉ.....	4
<i>Aquellos ojos</i> (CLAUDIA CORTALEZZI) .....	5
<i>Un sueño</i> (FERNANDO BONSEMBIANTE).....	17
<i>Arquetipo</i> (CARLOS DAMINSKY).....	20
<i>El cálido Doctor Sin Nombre</i> (ADRIÁN N. ESCUDERO) .....	22
<i>Toby</i> (SANTIAGO EXIMENO).....	47
<i>Visiones</i> (MARÍA E. PEREYRA).....	51
<i>Condenado a muerte escapa</i> (DANIEL BARBIERI - SANTIAGO OVIEDO) .....	55

### NM

[www.revistanm.com.ar](http://www.revistanm.com.ar)  
[revistanm@gmail.com](mailto:revistanm@gmail.com)

Dirección y grafismo:  
SANTIAGO OVIEDO  
[www.myspace.com/editornm](http://www.myspace.com/editornm)

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro,  
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad  
de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**

ESN 35512-080629-272255-60

Se agradece por haber tomado parte en este número a:  
HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO, CLAUDIO D'APICE y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:  
Ilustración de E. CUSCHIÉ (gentileza de CHRISTIAN VALLINI)

## EDITORIAL

El mismo día que salió el número 8 de **NM**, o sea, el 1 de mayo de 2008, se dieron a conocer los ganadores del Primer Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (<http://premiointernacional.blogspot.com/>), en el cual los candidatos propuestos por esta publicación consiguieron un puntaje más que interesante.

SUE GIACOMÁN VARGAS obtuvo el primer puesto en la categoría Relatos, con *Ashegnemé* (**NM 1**), con lo que se hizo acreedora del premio de doscientos dólares. A su vez, HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO obtuvo el tercer accésit por *La araña tiene patas cortas* (**NM 4**), en tanto que BÁRBARA DIN mereció el segundo accésit en la categoría Ilustración, por "*Biomechanical distress*" (**NM 5**).

Entre el resto de los participantes aparecían nombres de autores que también habían publicado en **NM**, o que lo están por hacer, lo que en determinado momento nos hizo pensar que seríamos afortunados si al menos alguna de nuestras sugerencias terminaba ternada.

Finalmente, la alegría se dio por el hecho de que todos ellos fueron galardonados. Lo interesante de la cuestión es que ninguna publicación podía votar por sus postulados, por lo que el resultado que obtuvieron los ganadores fue fruto de la decisión de los otros editores.

En suma, **NM** no obtuvo nada en particular, sino que se vio prestigiada por sus colaboradores, que a su vez merecieron un respaldo de reconocimiento por su producción. Aprovechamos este espacio para felicitar a todos los otros premiados y participantes. Asimismo, no podemos sino sentirnos obligados a mantener y a tratar de superar el nivel editorial que hemos logrado. Esperamos, también, que esto sea un aliciente para que las publicaciones colegas se esmeren para seguir en esta brecha, en un clima de sana competencia.

SANTIAGO OVIEDO

## TRAZOS DE AYER: CUSCHIÉ

ELY o ELI CUSCHIÉ —AURELIA CUSCHIÉ DE DI FIORE— es una pintora de poético talento. Comenzó su carrera ilustrando a un ritmo frenético para Editorial Acme a mediados de los '50. Muy influenciada por la literatura fantástica, sus ilustraciones, siempre que podían, derivaban hacia una fantasía poética y hacia lo onírico. Posteriormente, en la década del '60, se retiró parcialmente y se fue a vivir a Miramar, donde dirigía un hotel con su familia.

Sin embargo continuó su actividad como pintora, pero se alejó del mundo editorial y de las publicaciones, hecho que contrastó con su prolífica producción de los '50, década en que sus tapas ilustraron obras de fantasía en publicaciones como **Rastros** (“Suplemento de Cowboys”), **Robin Hood** y **Robin Hood del Espacio**.

Durante todos esos años su nombre se perdió de vista, causando que uno de los pinceles femeninos más talentosos cayera en el olvido injustamente, pero a partir del siglo XXI regresó a la ilustración. En 2003 la revista **Pulpship** la eligió como “Mejor Ilustradora Fantástica Argentina”, y actualmente tiene un espacio propio en Internet con algunos de sus cuadros.

En la actualidad se desempeña como pintora y restauradora de arte. Uno de sus últimos trabajos fue sobre un *vitreaux* gigante de la Catedral de La Plata. Su vuelta a la ilustración se produce con el resurgimiento de la mítica **Pistas del Espacio**.

También es escritora de ocasionales relatos de fantasía y poeta; su libro de poesía fantástica *Despertar de Imago* (Ediciones Argi, Mar del Plata, 1974) es una bella obra de arte con sus propias ilustraciones.



© CHRISTIAN VALLINI, 2007.

Los textos de esta publicación fueron editados en OpenOffice 2.4. La revista se armó en Serif PagePlus 6.0. Los archivos PDF se generaron en PDFCreator 0.9.3.

# AQUELLOS OJOS

CLAUDIA CORTALEZZI

## Segunda semana

Dejó la cartera y el saquito sobre el sillón y corrió a la cocina.

Ricki había retirado una silla del comedor diario y tenía los pies descalzos encima de la mesada. Miraba la tele con una botella de cerveza en la mano. Si se había dado cuenta de su presencia, no dio señales. En la pantalla se sucedían imágenes del Golfo de Bengala bajo el *tsunami*.

—Ricki... —dijo ella, y lo abrazó tan fuerte que casi lo tiró de la silla.

—¡Pará, Mónica! ¿Qué bicho te picó? ¿No ves que estoy viendo el noticiero?

Mónica, con un gesto alegre, aferró el control remoto y apagó el televisor.

—¿Qué hacés, loca?

—Nada —dijo—, solamente te abrazo. Y cuando te abrazo y tengo algo que contarte, no me gustan los ruidos de fondo —y esperó la reacción de Ricki—. Además no precisás la tele, tonto: yo tengo la mejor noticia, ¿sabés?

Él se llevó la botella a la boca y no la soltó hasta que estuvo bien vacía. La dejó en la mesada con tanta bronca que Mónica creyó oír el astillarse del vidrio.

—A ver —dijo Ricki—, más vale que valga la pena. No me vengas con que tu vieja...

—No... —interrumpió Mónica, tan feliz que no podía mantener la incógnita—. No tiene nada que ver con mamá. Y estoy tan contenta, que ni me importa. La noticia está relacionada con una madre, sí, pero no con ella. Además, para que lo sepas, todavía no le dije nada.

—¡Increíble!

—¡Ricki, estoy embarazada!

Él la miró unos segundos. Se levantó de la silla. Buscó otra cerveza en la heladera. La destapó y se apoyó en la mesada, con la botella en la mano.

—Vos estás embarazada —dijo, neutro—. ¿Y tan contenta por eso?

Mónica no podía ponerse seria. Ricki, su Ricki, correría a abrazarla en cualquier momento y entonces festejarían.

—Claro, ¡cómo no voy a estar contenta, pavo! ¡Vamos a tener un hijo! Ricki, voy a tener un hijo tuyo, ¿entendés? Voy a ser madre, estúpido. Vení, enterate y dame un beso.

—¿Estúpido, dijiste? —él la miraba como si no pudiese creer lo que había oído—. ¿Pavo, dijiste?

—Fue un chiste nomás. ¡No ves, no se te puede decir nada! Dale, pará de hacerte el tonto y dame un beso.

—¿Tonto?

—Ricki, basta. No juegues al malo, que me lo voy a creer. Voy-a-ser-madre. ¿Entendiste?

—¿Madre? ¿Madre? —violeta de la bronca, se asomó a la ventana—. Me pareció escuchar que la señora va a ser madre —dijo, como si estuviese hablando con los de enfrente; era notorio que la cerveza esta vez le había pegado duro—. ¿Madre? —repitió, volviéndose—. Perdón por la corrección —se le patinaban las palabras—: yo diría asesina. A-SE-SI-NA, no madre. Eso es lo que sos: una asesina. Y si no te lo dije antes fue porque...

—¿Porque qué? —Mónica se puso en guardia. Jamás hubiera pensado que Ricki reaccionaría de esa manera. Aparte, no había tomado más que de costumbre.

—Porque ahora es el momento, querida —él le sonreía burlón, apuntándola con la botella—. Ahora que te vas a convertir en mamita. Lo que digo es que una asesina de tu calibre no puede jactarse de estar embarazada.

—¡Qué carajo venís ahora a reprocharme algo que pasó hace cuatro años! —Mónica se desplomó en una silla, y de golpe se irguió amenazante—. Voy a decirte algo sobre el *asesinato*

—chilló a modo de defensa—. Para tu información, yo no lo hice sola.

—¿Ah, no? —Ricki tomó otro buen trago de cerveza.

—¡No, señor!

—Sí que lo hiciste; te cortaste sola. Llamaste al medicucho ese, y yo me enteré cuando el pollo ya estaba cocinado —volvió a empinarse la botella; la cerveza se le escurrió por la barba y le mojó la camisa desabrochada—. ¡Ah! Perdón, perdón, señora; usted tiene razón —gesticulaba a lo grande—. Usted no lo hizo sola, sino ayudada por la bruja que dice ser su madre, que seguro ya se había mandado un litro de blanco. ¡Qué digo un litro! En semejante situación, la vieja se habría bajado por lo menos dos. Así que no me involucrés, ¿escuchaste? —soltó la botella, que se estrelló contra el piso, agarró a Mónica de un brazo y la obligó a mirarlo a los ojos—. ¡No me involucrés! ¡No me involucrés!

Ella logró soltarse. Se puso la hebilla en la boca, y con las manos en la cabeza se recogió el pelo y ajustó la hebilla formando una cola de caballo.

—No tenés huevos para reconocerlo, ¿no? —dijo, y Ricki le dio vuelta la cara de un sopapo.

Mónica cayó entre los vidrios y la cerveza derramada. Apenas se cortó un poco el brazo.

## Doce semanas

Sintió el gel frío pegoteándole el vientre. El médico ecografista le apoyó el transductor y lo deslizó. Los dos litros de agua que había ingerido una hora atrás hacían estragos en su vejiga.

—¿Me dijo que estaba de...?

—Doce semanas —dijo ella, deseando que la dejaran en paz de una buena vez. No quería ver el monitor. Ni siquiera asomarse. Hacía varios días se le había ocurrido que estaba embarazada de mellizos, aunque era totalmente improbable; ni ella ni Ricki tenían antecedentes. Pero la idea venía afianzándose en su cabeza.

—Bien. —El ecografista señaló el monitor y Mónica sintió el dolor de la vejiga explotándole—. Éste es el corazoncito. Vea, vea. ¿Puede ver los latidos?

—Apenas.

—De doce semanas —repitió el médico, como para sí. Y volvió a deslizarle el ecógrafo.

—¿Pasa algo raro?

—No —el médico le sonrió mientras la limpiaba con una toalla de papel—. Su bebé está perfectamente.

—Perfectamente qué.

—Perfectamente bien.

Mónica salió del consultorio y tomó un taxi.

En una vidriera de accesorios y ropa infantil, advirtió un carrito de paseo para mellizos. Ahora le causaba gracia. ¿De dónde habría sacado semejante ocurrencia?

Entró en su casa y fue directamente a la cocina.

Sobre la mesa había una nota de Ricki.

Lo habían invitado a jugar al fútbol y después se iría a comer con la barra.

Mónica pensó que debería llamar a su madre y contarle lo de la ecografía. Miró la hora: las nueve menos cuarto de la noche. Lo dejaría para el

día siguiente; quién sabe si ya su madre no estaría durmiendo la mona.

Abrió la heladera y se preparó un sándwich con todo lo que encontró. Lo fue engullendo de pie junto a la mesada. Empinó la botella de yogur hasta vaciarla y, antes de salir de la cocina, peló un par de bananas para comérselas viendo la tele.

Acomodó las almohadas en el centro de la cama matrimonial y devoró una banana; luego la otra. Puro potasio, se dijo. Ideal para los chicos.

¿Los chicos? ¡Qué estúpida!, era una forma de decir.

Se acarició la panza. Un escalofrío, como una descarga eléctrica, la obligó a retirar la mano. Debe ser estática, pensó, y soltó el control de la tele.

La tele. Una película vieja, en blanco y negro: el tipo grita y se va pegando un portazo. La mina le sacude con los platos a la puerta cerrada.

Ella lo mismo, aunque sin platos. Por ahora. Desde que quedó embarazada no hacía otra cosa que discutir con Ricki. Ya no importaba el motivo, pero siempre terminaban en lo mismo: él le decía, una y otra vez, que ella no serviría como madre.

Ahora Mónica estaba sola en la habitación, sola con su hijo. Le resultaba extraño: sentía que ella y su bebé invadían un espacio que le pertenecía a Ricki; a fin de cuentas, en ese momento ella estaba metida en la cama con un hombre. Si es que llega a ser varón, pensó. Intentó acariciarlo nuevamente.

Y otra vez el escalofrío.

Su madre diría que era por las bananas. Cuántas veces la había prevenido: "Moni, no comas bananas a la

noche, que caen pesadas. Y menos con un bebé encima”.

Miró el lado de la cama donde normalmente dormía Ricki, y sonrió con una amarga sonrisa: seguro que ni sabía de cuántas semanas estaba.

Recostándose, apagó la tele y el velador. Acomodó la almohada bajo la nuca y no tardó en dormirse.

El bebé descansaba boca arriba en la cunita de la maternidad.

La cabeza de Ricki, con barba y todo. Evidentemente era su hijo.

Mónica lo observó con ternura, sentada en el borde de la cama. En cualquier momento se despertaría, y ella podría tenerlo en brazos, amantarlo. Le dolieron los pechos; se tocó: tenía el camisón mojado de leche.

El bebé abrió los ojitos. Pero no la miró. Veía hacia otro lado, hacia el vacío. Esas semillas de color turquesa, cada vez más abiertas... ¿Qué estaba mirando?

Mónica se levantó, apoyándose de costado para que no le dolieran los puntos de sutura.

Fue rodeando la cuna —sintió el borde de mimbre en la yema de los dedos— hasta que pudo verlo de frente.

Había terror en los ojos del bebé.

Mónica no podía con eso; apartó la vista. Pero no aguantó.

Otra vez al borde de la cama. Otra vez el camisón mojado y ese dolor de madre en los pechos rebosantes. Y, cubriéndose la cara, espiando por entre los dedos, volvió a mirar hacia la cunita de su hijo.

Ahora no había un bebé.

Había dos, idénticos.

Y uno, el que lloraba mudo frente a Mónica —una silenciosa mueca de angustia—, miraba al otro con espanto.

Mónica tragó saliva y bajó de la cama. Esta vez ni siquiera se atrevió a rozar el borde de mimbre.

Caminó con lentitud exagerada. Los pies pegoteados al piso, debía esforzarse. Debía esforzarse —una parte de ella no quería *ver*—, combatiendo consigo misma por llegar al otro lado.

Había algo allí; estaba segura.

Algo que quizá no aguantaría.

Y llegó. Llegó más rápido de lo que hubiese deseado.

Y descubrió que el otro bebé —semioculto entre las sábanas— emitía sonidos húmedos, apenas audibles.

En su mirada sólo había muerte.

Aterrada, la madre no podía dejar de observar: era el duplicado perfecto de su bebito.

¿Qué decían aquellos sonidos húmedos? ¿Le hablaba a ella?

Sí, le hablaba a ella.

Le decía a ella una sola palabra. Una palabra indescifrable.

Pero al instante de reconocer su sentido, Mónica se despertó.

Y le era imposible recordarla si quiera.

### **Dieciocho semanas**

La pesadilla volvió cada noche. Pero Mónica no se atrevió a mencionarla, ni siquiera a su madre.

La oscuridad de su cuarto se convirtió en su peor enemigo.

¿Cuándo había sido la última vez que descansó dos horas seguidas?

Ya no la sorprendía lo que la esperaba al cerrar los ojos; sabía cuál sería el sueño, sabía que despertaría empaçada.

Tal vez lograría dormir un rato. Y sin soñar.

Era su único consuelo: dormir apenas. En ese apenas se refugiaba para no pensar, para no admitir la verdad: la pesadilla se iba modificando noche a noche; en los últimos meses, a medida que su vientre se había ido abultando, el movimiento de los labios del engendro se había hecho más reconocible.

Hasta que una noche le lanzó abiertamente la palabra.

*Oportunidad.*

¿Oportunidad? ¿Oportunidad para qué?

Se sentó de golpe en la cama.

Ricki, a su lado, roncaba como un hipopótamo, desmayado de tanta cerveza.

Mónica se levantó y fue a la cocina sin encender la luz.

Llamaría a su madre; con un poco de suerte no estaría tan borracha y escucharía el teléfono.

Marcó y esperó.

Nada; no hubo respuesta.

¿Qué iba a hacer? ¿Volver a la cama con el estúpido de Ricki?

No, ya no lo aguantaba.

Se puso el saco que había dejado sobre el sillón; se colgó la cartera.

Y deambuló sin rumbo hasta el amanecer.

## **Veinticinco semanas**

Mónica se despertó por sus propios gritos.

Abrió los ojos tratando de ver en la oscuridad; de ver y comprobar que realmente acababa de despertar de otra pesadilla.

—¿Qué mierda te pasa? —escuchó, al mismo tiempo que sintió una sacudida en el hombro—. ¿Te volviste loca? Ya ni dormir se puede en esta puta casa.

Sí, efectivamente la sacudían para que despertase; estaba huyendo de la peor pesadilla de su vida.

—Me tenés podrido. —Era la misma voz.

Y se encendió la luz.

Ricki, su marido. El padre de la criatura. El padre de eso.

Lo miró un segundo y pensó que él jamás aparecía en sus sueños. Por algo sería.

Pero esta pesadilla había sido distinta; ojalá pudiera catalogarse como un simple sueño. Ya no era aquel horror al que se había habituado, no; se trataba de un dolor físico insoportable. El grito que había espantado a Ricki se debía a ese dolor. ¡Se despertó tan angustiada! El desgarró de la carne, que la martirizó hasta desvelarla, había sido tan real... Ni siquiera aquel lejano día, cuando había llevado a cabo la intervención —el “asesinato”, como lo llamaba Ricki—, había sufrido semejantes dolores.

Sentándose en la cama, Mónica se secó la cara con la sábana y le hizo un gesto de disculpa.

Él ni la miró. Agarró la almohada y se fue al *living*.

—Necesito descansar, zángana. Mañana tengo un día terrible.

Mónica se levantó al baño. No era la primera vez, ni sería la última, que Ricki dormiría en el sillón.

Antes de volver al cuarto se miró en el espejo: con esa remera de dormir, la panza se veía más grande. Hasta le pareció el doble de crecida que el día anterior.

Llevaba un embarazo de seis meses, ¿qué esperaba? Era hora de que la panza se hiciera notar.

Se metió en la cama y dejó la luz del velador.

Repasó la pesadilla. Aunque no quisiera, debía recordarla. No podía darse el lujo de perder detalles. Tal vez se lo reprocharía más adelante.

Todos los elementos que antes habían aparecido como entre gasas raídas, como fragmentos —esos ojos que tanto la atemorizaron al principio; esa boca... esa boca que la había enloquecido tratando de entender la maldita palabra que articulaban los labios; esa cara, ese cuerpo, duplicado del otro—, ya no eran una alucinación ni parte de un sueño; esta vez se le habían metido adentro. En su propio vientre.

Y ahora Mónica era mirada por eso que, sin dejar de vigilarla, abría la boca. Pero esta vez no hablaba, no emitía ningún sonido húmedo. Más bien se acercaba a su molde, a su prototipo, al verdadero hijo de Mónica y Ricki.

Y lo había mordido.

Y Mónica había visto en la boca del engendro un colgajo de carne fresca, sangrante. Y ella había descubierto que esa carne era la mejilla de su inocente hijito, el verdadero.

Decidió hablar con su madre. Su madre. Su madre y la puta que la pa-

rió. Si la encontraba borracha de nuevo la despertaría aunque tuviera que echarle un balde de agua en la cabeza.

—Moni —le dijo la mujer dos horas más tarde—, vos tendrías que ver a un psiquiatra. —Abrió la heladera y se puso a toquetear. Sacó su desayuno: una botella de New Age, seguramente recién abierta, y se sirvió del pico—. ¿Querés? —preguntó, secándose la boca con el dorso de la mano que sostenía la botella de vino.

—No quiero, mamá. Y no me hagas ir a ningún psiquiatra. Yo sé muy bien lo que está pasando acá adentro —se señaló la panza sin atreverse a tocarla—. Mi hijo, tu nieto, ¿entendés? Se está disolviendo pedazo a pedazo.

La mujer dejó la botella y se tapó los oídos. Mónica le agarró las muñecas para obligarla a escuchar.

—El engendro se alimenta de mi pequeño, mamá —Mónica sintió el gusto salado de las lágrimas—. Se hace carne de la carne de mi bebé.

—¡Basta, callate! —sin poder zafar del agarre, la mujer quiso llevarse las manos a la cara y empezó a lloriquear—. Basta, por favor, soltame.

—Pero el sueño no termina ahí —siguió Mónica, apartándose con brusquedad—. Yo desperté a los gritos porque sentí que algo frío se me clavaba en la garganta.

La mujer vació la botella de una vez. Y fue hacia la alacena.

—Sacacorchos —dijo, buscando en el cajón abierto—. Dónde lo...

—Ya es suficiente, mamá... —gritó Mónica, cerrando el cajón de la mesada.

—Moni —suplicó la mujer—, dejame. Lo necesito.

—Sí, claro, agarralo —dijo Mónica después de pensarlo mejor—. Agarralo y morite.

Llegó a su casa y fue directamente al baño.

Se lavó la cara y se miró al espejo.

Estudió sus facciones. Se vio vieja, fea. Más vieja y más fea que esa fea vieja en que se había convertido su madre.

Tal vez todo fuera producto de la culpa; un juego de su imaginación. Aunque conscientemente ella no sentía ninguna culpa. Cualquiera que hubiera estado en su lugar, cuatro años atrás, hubiera hecho lo mismo. No, ella no tenía nada de qué arrepentirse. Hablaría con algún cura; le pediría que la confesara. Cualquiera podía equivocarse. ¿Quién era ella? ¿La Madre Teresa?

Al día siguiente, antes de ir a la casa de su madre, pasó por el Santísimo Sacramento.

Fue un trámite sencillo. Mónica se limitó a declarar su embarazo de seis meses y le dijo que, cuatro años atrás...

Y el sacerdote le preguntó si estaba arrepentida.

—Sí —mintió.

—Recuerde, Mónica, que a veces nuestros propios demonios nos juegan una mala pasada.

—Gracias, padre.

Increíblemente, a pesar de no haber rezado desde la niñez, recordó íntegro el Pésame.

Esa misma tarde llamó al ecografista y pidió un turno.

Apuntó la fecha en la agenda. Su próxima ecografía sería en una semana.

## Veintiséis semanas

Había dormido toda la noche. Hacía ya unos días que descansaba bien. No había vuelto a soñar.

Con asco, con temor, echó un vistazo a su imagen en el espejo pero, sorprendida, no descubrió lo que esperaba. La cara relajada, sin derrames en los ojos; volvía a ser la de siempre.

Hay que creer o reventar, se dijo. Debe ser por lo del cura.

Desayunó leyendo el diario. Mientras, Ricki llamaba al banco y sacaba cuentas.

—¿Te llevo a algún lado? —dijo él—. ¿A lo de la chaborra?

—No, idiota. Voy a hacerme una ecografía. Si podés, dejame de pasada. Y más respeto con mi vieja. Mirate un poco, ¿querés? Vos también tenés tu historia.

Él le miró la panza y no dijo nada.

Veinte minutos después, Mónica se sentó en un bar a tomar un café; había llegado demasiado temprano.

Vio a una parejita en las mesas del fondo, se reían tan felices... Le recordó sus primeros años con Ricki: todo el mundo los envidiaba; siempre juntos, siempre de la mano.

¿Adónde habrían ido a parar ese Ricki y esa Mónica?

Pagó el café y salió a la calle.

Era un barrio de esos en los que siempre le hubiera gustado vivir: las casas bajas rodeadas de árboles, jazmines perfumados. Daba gusto caminar por ahí. Después de la ecografía, pasearía un rato.

Casi no tuvo que esperar para ser atendida.

Entró en el consultorio. Se desvistió y se acostó en la camilla, ansiosa sin saber por qué.

—¿Cómo va esa panza? —El ecografista la recibió con un beso en la mejilla, como siempre. Era la quinta ecografía.

—Bien va. Gigante.

—Ya veo.

Mónica, ya panza arriba, observó de costado el monitor.

—Vamos a medir... —oyó que decía el médico.

Cerró los ojos; necesitaba relajarse.

—¿Qué? —dijo el tipo, y comenzó a presionarle la panza, cada vez con más fuerza, hasta hacerla gemir—. Pero, ¿qué es eso?

—¿Qué pasa? —Mónica intentó sentarse en la camilla.

—Nada, nada. Déjeme ver —dijo, obligándola a mantenerse acostada. Repitió la operación una y otra vez, apagando y encendiendo el equipo. —Vuelva la semana próxima, por favor —dijo por fin—. Vamos a repetir la ecografía.

—¿Pero... qué pasa? —Mónica estaba tan aterrada que si lo hubiera pensado ni se hubiese atrevido a preguntar. —Dígame qué está pasando.

—El equipo se descompuso —dijo el médico tartamudeando—, no sé qué...

Mónica lo empujó contra la pared.

—¿Qué mierda pasa?

—Ya le dije —volvió a tartamudear—, el equipo...

—¿Qué vio? ¡Hable! ¿Qué fue lo que vio?

—Nada. No sé. El equipo anda mal. Se veía doble. Lo vamos a repetir, ya le dije. Vuelva en una semana.

Sería mejor pensar que el tipo se había vuelto loco.

No, no. Ella no podía esperar una semana.

Salió corriendo del consultorio, subió a un taxi y fue a su casa. Buscó la cartilla de la cobertura médica y llamó a todos los ecografistas hasta que consiguió un turno para esa misma tarde.

En la sala de espera le faltaba el aire.

La pesadilla, en los últimos días, se había vuelto insoportable hasta hacerla gritar. Y entonces había desaparecido: la voz se silenció de pronto.

Y ella creyó que el cura la había librado. Ingenua. ¡Qué cura ni cura! Algo raro sucedía y no tenía nada que ver con el cura ni con la iglesia ni con ningún santo.

“De golpe la panza parece explotar, ya no soñas y el ecografista se vuelve loco”, pensó.

Mónica se levantó y preguntó si debía esperar mucho.

—No, señora. Usted es la próxima. Volvió a sentarse.

El corazón le latía tan fuerte que podía oírlo por encima del murmullo de las otras mujeres. ¿Cómo podían hablar tanto? ¿Cómo estaban tan tranquilas? ¿Cuántas de aquellas mujeres habían sido capaces de...?

—Señora Mónica, su turno.

Ni siquiera sintió el frío del gel.

El médico le hablaba pero ella no lograba entender lo que le decía.

Como si se le hubiesen destapado los oídos, escuchó una palabra: *mellizos*.

Y... ¿qué más? ¿Qué le decía el médico?

—No se ven bien, señora. Quiero decir: uno de los fetos está algo borroso.

—Ricki —dijo Mónica—. Necesito que me ayudes, no aguanto más.

—Contame —dijo él, sin quitar la mirada de la tele y picar salame.

—Es el bebé. El... el otro bebé. El del otro embarazo.

—¿De qué mierda estás hablando?

—Digo que primero se me aparecía en sueños. Pero ahora...

—¿Ahora qué? —Él no soltaba el control remoto y masticaba haciendo ruido.

—¿Podés dejar de hacer *zapping* y darme un poco de bola?

—Te estoy escuchando.

—En la ecografía había mellizos, ¿entendés?

—Si entiendo qué —dijo con la boca llena.

—No sé cómo decirlo; seguramente nadie lo creería posible. Pero creo que lo tengo adentro. Creo que nuestro hijo corre serio peligro.

Ricki tragó y apagó la tele.

—Vos... —dijo, mirándola con tanta bronca que Mónica bajó la mirada—, ¿vos a mí me estás hablando en serio?

—¿Y cómo carajo querés que te hable, si se trata de nuestro hijo?

—Dale, hacete la santita ahora.

—Ricki fue a la heladera y sacó dos latas de cerveza. Abrió una—. Hay que festejar, ¿no? —dijo mientras se sentaba en la mesada, reservando a mano la otra lata—. Si vamos a tener mellizos, hay que festejar.

—Ricki —Mónica ya no podía retener las lágrimas—. ¿No me crees, no?

Él bebió un buen trago.

—Ni una palabra.

—Pero el ecografista dijo...

—Que ibas a tener mellizos. Salud.

—Dijo que uno de los bebés se veía borroso. ¿Qué creés que significa eso?

—Que el aparato andaba para el culo. —Terminó la lata, la abolló contra la mesada y la embocó en la pileta. Abrió la otra—. Una sola cosa te digo, querida: si insistís con esta mierda, lo que vas a lograr es que me vaya al carajo.

—¿Me vas a dejar sola?

—¡Qué pregunta! Sola, lo que se dice sola, no. Te voy a dejar con tus mellizos, o como quieras llamarlos.

Dos días después, Ricki preparó las valijas y salió sin decirle a dónde iba.

Y ella se quedó sola, definitivamente sola. Sola con eso.

La pesadilla volvió.

Ya ni siquiera dormía diez minutos seguidos. Cada vez que cerraba los ojos podía ver lo que le sucedía en las entrañas: el engendro de sus pesadillas definitivamente se había instalado en el exacto sitio de la venganza.

### Treinta y seis semanas

Mónica no podía dejar de tiritar más y más; aquel blanco lugar que alcanzaba a distinguir a través de sus párpados entrecerrados parecía de hielo. Lo único que quería era poder despertarse. Despertarse de una vez.

“Mónica, Mónica”, insistía una voz de mujer (que no era la de su madre, de eso sí estaba segura). “Atiéndame”.

¿Abría alguien más, aparte de esa desconocida? Tal vez Ricki; todos los padres —al menos los padres normales— aparecen en esos momentos.

Pero no. Lo único reconocible era esa apremiante, insoportable voz.

Y Mónica temblaba, temblaba sin parar.

Ricki, pensó. Ricki, abrazame. Por favor.

—Mónica —decía la espectral mujer vestida de blanco, borrosa junto a su cama—. Míreme, présteme atención.

—Por favor, enfermera...

—Yo no soy enfermera, pero puedo ayudarla mejor que...

Y dijo algo más, que Mónica no pudo percibir; era como si las palabras se envolvieran de algodones y volviesen a aparecer.

Los ojos de Mónica se movieron hasta encontrar los de la extraña. Eran acuosos, sin vida. Tuvo la sensación de que ya conocía esa mirada; era como yacer paralizada y desprotegida frente a un serpentario.

—Eso es, Mónica. Le decía que usted acaba de tener un hijo. ¿Lo recuerda?

Mónica se retorció entre las sábanas. No podía moverse; la habían atado de pies y manos.

—Un hijo, Mónica. Un hijo suyo.

Apretó las mandíbulas, abrió los ojos hasta que le dolieron y negó sacudiendo la cabeza.

—Sí, Mónica. Ahora se lo traeremos. Vamos a dejarla ver a su bebé.

—¡No! —gritó en un alarido—. No, no, no. —La garganta le ardía. La boca se le llenó de sangre. Escupió y tragó saliva.

Miró hacia la puerta.

Una enfermera entraba con un envoltorio blanco.

—Mónica —dijo la mujer a su lado—. Es su hijo. Por favor, mírelo.

La enfermera se acercaba.

Mónica necesitaba verlo a los ojos. Por la mirada sabría.

Ahora podría comprobarlo.

Era su única oportunidad. ¿Y si eso se había vengado? Ahora había llegado su turno.

Tragó saliva y sangre y habló con la mayor calma posible.

—Las manos —dijo—. Suéltanme las manos.

La enfermera miró a la mujer.

La mujer asintió y tomó al bebé.

La enfermera no podía desatar las correas.

—Voy por una tijera —dijo.

Mónica esperó sin mirar a la mujer ni a la criatura.

La enfermera volvió a entrar y le cortó la correa de la mano derecha.

—Una está bien —dijo la mujer de blanco—. No hace falta desatar las dos. ¿No es verdad, Mónica?

La enfermera fue en busca del bebé.

Mónica se estremeció ante la cara rosada que le acercaban con tanto cuidado. Un gnomo, un anciano centenario.

La criatura abrió la boca, emitió sonidos húmedos.

Y en esos tiernos labios ella pudo leer claramente la palabra *oportunidad*.

*Oportunidad.*

*Oportunidad.*

*Oportunidad.*

Ahora por fin entendía el significado.

¿Por qué ella se la había dado a este nuevo embarazo? ¿Por qué no a aquel otro, cuatro años atrás?

Desesperada acercó la mano a aquella bestia; la sujetó del brazo. Necesitaba atraerla hacia sí, morderla, arrancar del hueso esa carne impostora. ¡Devorarla! ¡Vengar a su verdadero hijo, ojo por ojo!

La enfermera forcejeó con ella, casi tirando del bebé.

Mónica se dijo que tal vez lograrían descuartizarlo.

La otra mujer corrió hacia el pasillo a los gritos, pidiendo ayuda.

Y Mónica pudo descubrir la tijera sobre la mesa de luz.

Soltó al monstruo y la aferró.

La enfermera salió corriendo con el bebé.

—Eso —dijo Mónica con un borboteo de voz; la garganta no paraba de sangrar—. Eso no es mi hijo.

—Tranquílcese, Mónica.—La mujer de blanco se había quedado junto a la puerta.

—Eso —Mónica volvió a escupir sangre—. Eso no es mi...

—Mónica —oyó—. Suelte la tijera, por favor.

Mónica miró la tijera en su mano: era lo suficientemente grande como para haberle arrancado la cabeza de un tije-retazo. ¡Ah, si sólo lo hubiera tenido un segundo más...! Tal vez hubiera podido...

La mirada perversa del animal, ahí. Se habían llevado su cuerpo, pero no su esencia.

La mano de Mónica seguía aferrada a la tijera. Y eso lo sabía.

De golpe Mónica sintió el dolor, un dolor intolerable, un dolor conocido. El acero en la garganta. Se ahogaba; no podía respirar.

Abrió la mano esperando la caída de la tijera contra el piso. Pero no hubo ruido.

Se ahogaba.

Se tocó la garganta; notó algo frío.

La tijera se había clavado en su cuello.

“Tengo que sacarla”, pensó.

Pero no podía; el dolor la volvía loca.

Se desvanecía. Ya no tenía fuerzas para arrancarse la tijera.

“Tengo que despertar”, pensó.

“No es más que otro sueño. Otra pesadilla”.

No sentía dolor.

Ya no estaba en una cama; ya no había ataduras en sus manos y sus pies. Respiraba con facilidad.

¿Habría muerto?

Ahora se encontraría con su hijo, con su verdadero hijo.

Lo vio.

Era tal cual lo recordaba de los sueños.

Mónica se acercó.

Necesitaba abrazarlo, pedirle que la quisiera. Decirle que ella no sería una mala madre.

Lo tenía al alcance de la mano. Su hijo descansaba; le había llegado el momento de descansar. Ella velaría su sueño para siempre.

Lo levantó en brazos. Lo acunó  
con ternura, con desesperación.  
Ya nunca más estaría sola.  
Se quedó contemplándolo.  
Esperó.

En cualquier momento su bebé  
abriría los ojos.

© CLAUDIA CORTALEZZI, 2008.



CLAUDIA CORTALEZZI  
(Argentina —Trenque Lauquen, 1965—)

Es integrante del círculo de escritores de horror y fantasía “La abadía de Carfax” (<http://www.geocities.com/abadiacarfax/>). Sus cuentos *Entre humanos* y *El familiar* integran la primera y segunda antología de este pujante grupo.

Cuentos premiados: *Adefesio*, en 1999 (editado en la antología “Pasajeros en Arcadia”); *El regalo*, en 1999; *Ada*, en 2000; *A 9000 metros de altura*, en 2004; *El aire es libre*, en 2004; *La forma de su belleza*, en 2006 (editado en un libro de cuentos y en otro de cuentos y dibujos); *Cambio de caja*, en 2006; *De nacimiento*, en 2007, y *Encierro*, en 2007 (premiado y editado en el “Concurso de cuento brevísimo”, Ediciones del Árbol).

Sus relatos, en versión infantil, *Milagro de amor* y *¿Al matadero?* se incluyeron en **Axolotito**, la revista virtual para niños y jóvenes de **Axolotl** (<http://www.axolotl.com.ar/>).

Aunque navegó por varios tipos literarios —realista, infantil, teatro, fantástico—, lo que más disfruta es escribir terror.

# UN SUEÑO

FERNANDO BONSEMBIANTE

*All that we see or seem  
Is but a dream within a dream.  
(EDGAR ALLAN POE)*

Soñaba que estaba subiendo una escalera que no tenía principio ni fin. Yo solamente subía por ella, y había otra gente a mi alrededor. Los escalones eran de piedras marrones y grises y el paisaje en torno era el de montañas con puntas blancas de nieve, árboles verdes y vegetación boscosa. Había algunos edificios de piedra, cada tantos kilómetros, donde se podía ir a descansar, a comer y contactarse con otra gente. Pero la escalera era infinita. No porque fuera infinitamente larga, sino porque uno subía y subía y volvía a pasar siempre por los mismos lugares. Lo mismo pasaba en los alrededores. Si se caminaba hacia el costado por donde lo permitían las montañas, se volvía a encontrar la misma escalera del otro lado. La geografía del lugar era como la de un juego electrónico de los ochenta: si salías por un costado de la pantalla volvías a entrar por el opuesto.

Al mismo tiempo que soñaba estaba consciente de que estaba en un sueño. Si hacía un esfuerzo hasta podía ver la habitación, la cama, el telé-

fono celular a un costado. “El mundo físico todavía está allí. Es el parapeto del Yo el que mira”, decía Artaud. Pero enseguida volvía al sueño y seguía en la escalera o en las montañas.

En ese lugar era donde se entrenaban ciertas almas. Por ahora los entrenadores o los seres superiores que habían inventado ese lugar estaban ocultos. Teníamos que arreglarnos entre nosotros. Podíamos comunicarnos con otra gente que estaba en nuestra misma situación. Yo sospechaba que no todos me eran contemporáneos; que venían de otros tiempos y quizá de otros lugares. Aunque estábamos conscientes de nuestro pasado, o de nuestros respectivos mundos físicos, no podíamos hablar de eso entre nosotros sino sólo de la realidad inmediata del mundo escalera. No era una regla; era casi una imposibilidad física. Cuando estábamos hablando, no salía el tema; no nos acordábamos ni lo mencionábamos. Luego, si meditábamos solos, podíamos recordar; a veces incluso casi podíamos despertarnos en el mundo físico del que veníamos.

Las charlas con los demás eran extrañas; hablábamos de bueyes perdidos, literalmente, porque estábamos en un ambiente de granjas, con poca y nada tecnología. Hablábamos de los pajaritos, de las piedras y las plantas, y de alguna manera las conversaciones tenían un significado secreto entre líneas. Ese significado era lo importante; para eso estábamos en ese lugar. También teníamos experiencias. Por ejemplo, podíamos ayudar a una persona a cruzar un puente, a bajar un gato de un árbol, a cazar una gallina para comer. Todo era una metáfora de otra cosa, de donde teníamos que sacar profundas enseñanzas, que se nos revelaban en meditación o en el momento menos esperado.

De tanto en tanto las experiencias eran más oníricas. A veces el sueño parecía todavía más sueño; no siempre era tan razonable y real como lo que estoy contando. Una vez entré a un bosque y se puso todo oscuro. El día y la noche eran un poco impredecibles en ese universo. En ese bosque caí dentro de un pozo y me morí. Los gusanos se comieron mi carne. Quedé hecho un esqueleto. Ese proceso duró apenas unos minutos, o eso pensé. Después me levanté. Todavía era un esqueleto blanco. Por increíble que parezca, sentía los huesos al aire. Sentía vientos fríos y el tacto con las hojas de los árboles.

En ese momento llegué a un claro, donde estaba mi espíritu guía. No me habló como lo hacía en mis sueños normales. Estaba sentado en el suelo, bajo un árbol, modelando en

barro. Observé que el material que usaba contenía hojas secas, excrementos de diversos animales, arena, pequeñas piedras y ramitas, entre otras cosas. Era bastante desagradable. Con esa arcilla moldeó una serie de formas, un hígado, un par de riñones, un corazón y todas las partes internas del cuerpo humano, y me indicó que me acostara en el piso a su lado. Rellenó mi esqueleto con esos órganos y lo cubrió con ese barro modelado hasta fabricarme un cuerpo nuevo. Después me rodeó de ramas secas y les prendió fuego; en una palabra, me cocinó. Yo sentía un calor suave y agradable, pero las llamas debían de tener dos metros de alto.

Aspiré los distintos humos de las plantas que usaba para quemarme. Estaba el típico olor a cáñamo. A veces sentía aromas suaves, como de perfumes o incienso; otras, un olor feo a quemado. Las ramas eran de color rojo y amarillo.

No era un calor muy fuerte. Escuchaba el crepitar de las ramas secas y alguna explosión de cuando en cuando. El fuego terminó casi de golpe y me erguí inmediatamente, mirando mis manos. Tenía un cuerpo normal. Me revisé y parecía hecho de carne, como siempre. Fui hasta un riachuelo cercano y me bañé en el líquido claro; pude verme en el reflejo del agua y estaba igual que de costumbre.

Después volví desnudo a la escalera. Caminé unos kilómetros hasta alejarme del bosque; la gente que me cruzaba no se sorprendía de verme desnudo. Incluso noté, por primera

vez, que muchos de los que recorrían la escalera también estaban desnudos.

Fui a uno de los edificios, donde me dieron ropa nueva y me alimentaron. Ahí pude dormir un buen rato.

Sí, se podía dormir dentro de ese sueño extraño e incluso soñar dentro de él.

© FERNANDO BONSEMBIANTE, 2008.



FERNANDO BONSEMBIANTE  
(Argentina —Castelar, Buenos Aires, 1958—)

Periodista y escritor, en **NM** publicó los cuentos *Ajusten los controles para el corazón del sol* (nº 2), *El criadero* (nº 4) y *Un viaje al ombligo del mundo* (nº 7).

## ARQUETIPO

CARLOS DAMINSKY

Notó la presión primero en la frente, después a los lados de la cara y por último en la nuca. Era un impulso casi caníbal que volcaba su razón, como si miles de mandíbulas de hormigas lo quisieran consumir. Desde el primero hasta el último de sus huesos. En su extraña posesión volcó algo con las manos, produciendo sonidos de cristales. El vino oscuro se desparramó y goteó.

Se dirigió temblando hasta un armario y lo abrió con ansia. Apartó varios libros, arrojándolos al suelo, y en el fondo encontró la luz alba.

Sus manos le parecieron chispear cuando la tuvo entre ellas. Perfecta. Un moldeado suave al tacto de sus dedos. Retrocedió con ella, llevándola con los brazos en alto. Excitado, sus sentidos se descolocaron y calló, sentado en el sofá, accionando sin querer el mando a distancia de la televisión. El aparato se encendió emitiendo fulgores y la pantalla se aclaró, mostrando imágenes de un individuo con una pálida máscara de *hockey*, que perseguía a una adolescente por un bosque nocturno. La mu-

chacha caía en el suelo y se doblaba el pie. A pesar del dolor, el miedo era más fuerte y, cojeando, seguía huyendo. El asesino acortaba distancia y a ella le entraba el pánico. Pese a sus esfuerzos, el momento de lo inevitable la alcanzaba cuando el asesino aparecía por detrás y, con oscura justicia, le cortaba el cuello.

Luego de ver aquella ejecución, contempló entre sus manos la máscara y después miró la del asesino de la película. Las comparó y, acariciándola suavemente, pensó que la suya era mucho más hermosa. Se la ajustó a su rostro y respiró entrecortadamente.

Con su arma ejecutora asida perfectamente entre los dedos y, al amparo de la madre noche, bajó por el sendero enlodado. Un ángel de muerte con pálida máscara y un mono oscuro. La hoja de su machete de caza relució, cuando lo alzó para que fuera bañado por los rayos lunares.

Se internó en una zona llena de pinos y maleza agreste. La memoria no le fallaba y se guió meticulosamente por aquella maraña, que amenazaba con

expulsar con sus pinchos a cualquier extraño. Fue retirando arbustos y al final salió al claro lleno de piedras desnudas, donde también había un montón de tierra removida. Se dirigió hacia allí. Olfató la tierra húmeda y, al mirar por encima del montículo terroso, vio la fosa abierta. Y allí no había nadie. Se quedó sin saber qué hacer. Entonces vio, un poco más adelante, una figura sentada con una pierna cruzada. Lo invitaba con la mano para que se acercara.

Fue hasta ella y la pudo ver bien. El cadáver decrepito clavó sus oquedades vacías en él. Al principio tuvo un escalofrío, pero después sintió una especie de admiración que recorrió su amalgama de pensamientos. Una clara admiración por su víctima, que había vuelto de la muerte.

Se sentó frente a ella y clavó el machete en el suelo. Ambos se comunicaron mentalmente. “El asesino siempre vuelve al lugar del crimen”. La voz de ella sonó lúgubre dentro de su cabeza y luego se rió con ecos de tumba. A continuación, los recuerdos llegaron a él. *Su rostro con la última mueca de agonía. El último suspiro, sus labios ensangrentados, su sangre caliente.* “Tú fuiste la mejor de todas”, dijo él.

El cadáver harapiento, de huesos entremezclados con lodo y raíces, se mostró impávido. Después le llegó su voz muerta. “¿Por qué, por qué?”. Él se quedó extraño, sin entender. Notó la

máscara pulsar en su cara. “¿Por qué...?”, dijo; “te amaba y te demostré mi amor con un acto de sangre”. Miró unos instantes aquella mortaja cadavérica y después prosiguió: “¿No lo comprendes? Fue un acto poético, en el que tu cuerpo eran mis versos”. *Acto carnal, su cuerpo tibio, sus pechos duros.*

Ella se levantó de improviso y fue hasta él. Con sus dedos esqueléticos le quitó la máscara con suavidad y lo acarició cariñosamente. Su piel se estremeció al notar el contacto terroso de los dedos insepultos.

Caminaron dejando atrás la máscara y el machete ejecutor. Llegaron hasta un escuálido árbol, del que algo colgaba. “¿No es precioso?”, dijo ella, señalando.

Él contempló cómo el blanco traje de novia flotaba suavemente entre las ramas.

Se volvió a colocar la máscara en el rostro y le dio la mano a su novia cadáver. Ambos avanzaron hacia la fosa y se lanzaron a su hambrienta oscuridad.

*La fría cuchilla  
ardió ante tu piel,  
y tu sangre oscura  
manando a borbotones  
fue la prueba de mi amor.*

© CARLOS DAMINSKY, 2008.

CARLOS DAMINSKY  
(España —Alcoi, 1973—)

Lector de WILLIAM S. BURROUGHS, DICK, BUKOWSKI, JORODOWSKY, RAMSEY CAMPBELL, POE y LOVECRAFT, le gustan el surrealismo, los cuadros de DALÍ y el *Ulises* de JOYCE. También publicó en **NGC 3660**.

# EL CÁLIDO DOCTOR SIN NOMBRE

ADRIÁN N. ESCUDERO

*A Mary S  ller, la inmortal...*

## Paraísos

*AL PRIMER DÍA, LO CREÓ*

Doce años tenía yo cuando el Doctor entr   en el barrio —soportando apenas su magra figura—, y se instaló en aquella casa umbría.

Los Vento, arrebatados por la muerte, se habían mudado de ella y, regalo de herencia, puesta en alquiler por Tía Aída, había recibido al viejo encantada de ver a alguien imbuido de su anciana congoja.

Corr  an, pues, los años sesenta, y, en el barrio, el tiempo se filtraba con lentitud por las narices y oídos de la gente, oxid  ndola por dentro de la manera más natural. Y el tiempo traía en sus brisas, silencios y ruidos a carro de algún venerable verdulero, o de auto de algún receloso vecino progresista, olores y pensamientos que, al colarse tras la bruma verde de los paraísos plantados por la Municipalidad algunos lustros atrás, se trocaban finamente en esa indómita Naturaleza de cuatro velos: el blanco, el azul, el

rojo y el violeta —o *marronverdiamarillo*—.

Tanta belleza controlada desde los albores del mundo fue envidiada por este hombre de extraños gustos —secretos que yo compartiría— y que, de ser por él, la hubiera transformado en op  para cena.

Después, el progreso de los hombres desecharía su paso —en pos de discutibles objetivos—, marginando y envasando su aliento en cercos de fin de semana.

Pero nada de esto pensaba yo como posible. Tampoco el Doctor. Ni la vieja Aída. Ni la bandada de chicos que miraba, por la ventana cálida de nuestras casas sencillas, ocurrir a las cuatro estaciones planetarias: al invierno, a la primavera, al verano, al otoño...

Así, había una maravilla especial en la tierra endurecida, encalada por el rocío o el granizo que dividía los frentes de las casas. En la pulcra actitud que insinuaban las dos estelas de zanjas estiradas a lo largo de los cuatro puntos cardinales, doblegadas por las palas y las botas de goma como partiendo una

manzana. Los árboles, liberados de sus ocres vestiduras, concluían fundiendo su desatino con la tierra, alimentándola. Sumidos en un sueño níveo, como cruces aliquebradas por el viento, parecían desconectadas de la vida para ansiarla otra vez.

Luego vendría el filoso fulgor de las espadas color de olivo y los ceibales ardientes, montados sobre espirales ígneas de mariposas húmedas, de color en color, de sabor en sabor, encolumnadas por el centro de la calle y dispuestas a lograr una meta que no sería sino la corta o larga distancia de nuestros brazos alzados contra ellas, armados de ramas que estaban esperándolas —con el corazón prieto y el suspiro contenido— para momificarlas. Y los naranjos. Y los jazmines.

Atrás, atrás, muy atrás, en la dimensión de los recuerdos, confundida la sinuosa corbeta de la imaginación por los sueños y anhelos de un ayer siempre en presente...

#### AL SEGUNDO DÍA, LO VISITÓ

...Pero el Doctor Sin Nombre no llegó en otoño, cuando las calles se abren a las palomas blancas con moños de rosa y dientes de marfil (*los ómnibus estremecidos por las primeras picardías de sus voces hilarantes*).

Tampoco, en invierno, cuando la lluvia se cristaliza, los barrios se inundan y el barro endurece los pies de todos y los deja quietos y muy solos (*los zapatos como estacas barnizadas*).

Tampoco, en primavera, cuando la noche suelta a las estrellas y las de-

ja caer y volar a la manera de luciérnagas remotas, y el canto de la noche es el rumor de los grillos junto al aroma fresco y meloso de los azahares que la gente guarda bajo las almohadas, como guarda la naftalina en el ropero o el perfume a dioses del palo-santo dentro del cuarto (*cuando el sereno de la noche demora el sueño de las cobijas gruesas*).

El Doctor Sin Nombre llegó en el verano, cuando un sol rojo e hirviente nos secó el cerebro, y tuvimos que correr, a pie o en bicicleta, a remojarlo un poco en los charcos de agua tibia del Lago del Sur, antes que muriera del todo (*el humo de los pobres ahuyentando mosquitos*).

Porque esa lluvia de mica desintegrada hería la piel y quemaba los ánimos y uno ya no tenía ganas de jugar, ni de hacer mandados ni de estudiar materias atrasadas. El mediodía nos mandaba a dormir, dormir y dormir, como marmotas, una siesta larga y sedienta, mientras esperábamos que la bola implacable, aliada a la humedad que untaba a las veredas con una baba chirle de este a oeste, se perdiera en el horizonte, difuminado entre los velos del ocaso, y, de ser posible, no retornara más. Aunque al otro día rogáramos para que volviera y nos llevara a la arena del domingo vuelto siete días en las vacaciones de estudiante...

Fue lo único que el Doctor Sin Nombre no pudo hacer: masticar las estaciones como hacía con los pájaros. No obstante, hubiera sido como engullirse a sí mismo. Todavía no puedo creer que haya existido, y que hayamos caminado juntos...

## Ensueños

Dormir...

¿Las diez de la mañana? Creo que sí. De otra forma el Gordo no hubiera devorado el pedazo de pan que escondía siempre en los pantalones que arrastraba como sombrilla desde el fundillo hasta las botanagas. El calor era acuciante y el partido de fútbol se había suspendido. Sudábamos más de lo que corríamos o disfrutábamos. Había que seguirlo por la tarde; a las seis, cuando las brasas del asado de papá dejaran de crepitar.

¿El mes? Enero. Sí, era enero porque, aparte de ese calor al rojo vivo, mamá había comenzado a preparar su economía para festejar mi cumpleaños. El decimotercero (aunque mi superstición era benigna). Modestamente, claro.

En aquella oportunidad, fuimos tres los testigos del arribo de su presencia enjuta, tipo cadáver resucitado o Frankenstein escapado del cine donde ayer habíamos gastado nuestra penúltima salida extra.

Amarillo, infernalmente demacrado (todo se confabulaba), con dos ojeras de espanto (como ollas sulfurosas de caldo de sopa), asomando una mirada escarlata (chispa agigantada), como un brasero a punto de arder...

¡Espantoso!, gritamos sin mirarnos. Y nos zambullimos en el jardín de mi casa, pues se dirigía, rectamente, hacia nosotros.

“N-o t-e-n-g-a-s- m-i-e-d-o”, me dijo. Y la voz sonó lejana y el maldito Drácula y el calvo vecino de la otra cuadra se burlaba de nosotros...

Quise hablar pero no pude.

Los otros estaban como arracimados detrás de una planta de hortensias, y hasta juraban obedecer y colaborar con sus atribuladas madres si salían de ésta.

“N-o t-e-n-g-a-s- m-i-e-d-o, p-e-q-u-e-ñ-o...”, y la voz pareció encontrar la revolución justa, como si el pequeño grabador que llevaba oculto en el cerebro, se hubiera compuesto, y se mostró diáfana, agradable, llamativamente cortés.

Me puse de pie. El muerto me miró fijo y presentó su título: *Doctor de Mundos*. También subrayó que buscaba una pensión, que estaba cansado porque venía de lejos, y que, como los hoteles estaban por lo general en zonas ruidosas, quería saber si, por el barrio, alguna casa podría hospedarlo.

Yo recordé que Tía Aída había quedado sola por sexta vez en sesenta años (tenía ochenta ahora y, según mi madre, trataba a sus maridos como trapos de piso), y la casa le había quedado demasiado grande para ella, tan anciana y diminuta.

Además, excepto por su porte casi artificial, el Doctor debía estar por la misma edad y le sería buena compañía. Hacía poco que una joven con tres chiquitos se había ido porque Aída no soportaba ni el llanto ni las travesuras de los infantes, y, directamente, se lo había dicho. La renovación de la renta se frustró, y así el barrio perdió tres muchachos más para jugar —en un tiempo no lejano— a la pelota con nosotros.

El Doctor, con su aire circunspecto, de “médico”, “abogado” o “psicó-

logo”, sería el inquilino ideal. Parecía hombre de pocas palabras y muy educado.

Se lo dije.

“Gracias. Eres un buen chico”, me contestó. Y yo sentí mi cuerpo como un viejo fuelle, con una cara llena de arrugas y tan chato como una baldosa sobre el suelo...

Después, lo vimos marchar a lo de Aída, enfrente, cruzando la calle con parsimonia, deteniendo el aire con su figura tragicómica, y dejándonos perplejos por un buen rato hasta que el hambre nos hizo olvidar de él.

No obstante, hubo un detalle que el susto no nos dejó captar en seguida. El maletín del Doctor era redondo y plateado, y refulgía en las sombras; pero, cuando el sol lo tocaba, su blanca se tornaba discreta, opacándose.

Un maletín redondo.

Eso era, también, muy interesante.

“¡Adiós!”, gritamos. Y nos desbandamos.

Al cabo del almuerzo y de la santa siesta, papá me llamó para que le ayudara a pintar la verja. Había comprado ese rojo que dice “bermellón” en la lata y que tiene el tono del corazón de una sandía; así como un par de pinceles pequeños. Uno para él y otro para mí.

El contraste sería bueno. Rojo y blanco. Como el sentido estético de la cosa reclamaba. Aunque luego hubiera que tener paciencia con algunos, por aquello de los colores de las camisetas que vestían los equipos locales, y todo eso. Hablo de Unión y de Colón, por supuesto.

Era hermoso pintar.

Me encantaba el color rojo. Como me gustaba el azul, el amarillo y el verde, bien chillones. Papá decía que esos eran gustos propios de los niños sanos, a quienes place todo lo que resalte. Que uno cuando crece y madura, opta por colores más reservados y, en ocasiones, alguno que otro color furioso.

De todos modos, prefería el rojo (al igual que yo), y parece que el Doctor lo mismo (después comprendería por qué). Sí, al rato estaba parado en el porche de la casa donde vivía, mirándonos trabajar y gozar con nuestras manos y mejillas torpemente embadurnadas.

No era su cara la que hablaba. Eran sus ojos tan rojos como la pintura que ensangrentaba, pedazo a pedazo, los sarmientos de la verja.

Cruzó la calle.

“¿P-u-e-d-o a-y-u-d-a-r, señor...?”, y papá lo miró, extrañado, porque el viejo tenía puesto un traje azul y una camisa amarilla y unos zapatos rojos, y sólo la valija no estaba con él, pero sí aquel rostro de momia, con manos de araña, ojeras de cráteres de luna, y un lagarto rastrero en su lúgubre voz.

Un lívido escozor me rozó la mano, y di gracias de que sólo el pincel cayera de ella.

“¡Oh, qué pena..!”, me dijo, alcanzándomelo.

“No es nada”, respondí. E intenté concentrarme en el trabajo.

“No se moleste. No vale la pena”, aclaró tardíamente papá. “Además, está usted muy bien vestido como para hacer esto”, agregó como al pasar...

En algún lado sonó un chasquido como de campanilla de caja registradora abriéndose, y los ojos del viejo brillaron.

Papá y yo comprendimos que había sonreído.

“Bien. Me quedaré entonces a mirarlos. ¿Qué hacen?”.

Eso no lo entendí. ¿Qué hacíamos? ¡Pintábamos! Ciego no era.

“Quiero aprender”, agregó.

Y se quedó a nuestro lado como una estatua, sin molestar.

### AL TERCER DÍA, LO CLASIFICÓ

*Aquella noche fue muy cálida.*

*Me despedí de Enrique hasta el día siguiente (si Dios quiere), cené y fui al cuarto. Antes pasé por el dormitorio de papé, tomé uno de los libros que había sobre la cómoda, y me dispuse a leerlo. Poe me fascinaba.*

*Pero no leí ni una página. Mi cuarto daba a la calle y estaba arriba, y su ventana, abierta de par en par —porque era la única manera de no morir sofocado y dejar correr un poco el aire, espirales en mano y listos para encender—, invitaba a la curiosidad...*

El viejo era demasiado raro como para olvidarse uno así no más de él. Así que me entretuve mirando, hacia abajo, hasta que todas las luces de la casa de Aída se apagaron, y fue cuando noté ese brillo extraño escapado, tenuemente, del fondo del departamento donde habitaba el Doctor.

Me sonreí. Pero la imaginación me volaba y llegué a pensar que el viejo era el diablo, y que por eso pa-

recía una momia plastificada, y que en el maletín obraría el cetro de su poder. También pensé que se estaría despojando, en ese momento, del cuerpo robado a alguna morgue de Liverpool —luego de ingresar a ella por los caños de calefacción, resucitado a un cadáver y desmayado al practicante de la Dirección de Asuntos Terminados—, antes de venir aquí. Y estaría guardando, ahora, su cabeza de hierro y de alambres calcinados, sus brazos de palo de escoba, su tronco de carretel de hilo, y sus piernas de roble con galochas...

¡Espantajo infernal! O, sin tanto trabajo, fugándose del cuerpo —después de sellarlo trabando el ropero por dentro—, por los huecos de la nariz o de los oídos, y filtrándose, por la cerradura, como una idea de fuego o una estela de sol...

*Cuando me dormí, pensé mostrarme más cuerdo para razonar y no tan surrealista.*

*Pero sólo al principio. Un poco nomás.*

*En realidad, ahora pienso que en ningún instante pude escapar del pensamiento inicial. Porque el viejo no me abandonó, y fue en ese sueño que se hizo mi amigo. Y en el sueño fue completa su irrealidad...*

Tres noches lo seguimos con el Gordo y con Enrique. Además de la vieja y chismosa Tía Aída, que había sido arrastrada también por la misteriosa personalidad del científico.

Todos mezclados, confusos pero casi lógicos, los vaivenes de la subconsciencia me hicieron conse-

guir el apoyo de ambos amigos y pernoctar cerca de la casa subidos a un árbol de paraíso (que en verano toma un follaje especial y provee esas deliciosas frutas venenosas que sirven como proyectiles para gome-ras con disparador a dedo o a hor-queta); e, interpolados entre las ho-jas con los olores del miedo, del no saber qué hacíamos allí como mo-nos, que si nos caíamos no íbamos encontrar explicación a nada ni para nadie, esperamos...

Tanto para nada y nadie.

Es que el viejo salía todas las mañanas a las ocho con su maletín plateado y su aire narcisista y displi-cente, y nosotros, desde lejos, lo sa-ludábamos a medio calzar nuestros pantalones cortos, mientras inflába-mos una pelota dormida que, a gol-pes la íbamos a despertar, y cuando le gritábamos preguntándole cómo estaba y adónde iba, nos decía: “Es-toy muy bien, chicos. Voy por allí. Jueguen y disfruten mucho”. Y desa-parecía. Y volvía a las doce en punto (el maldito viejo era un reloj). Volvía cuando el sol aullaba y los ojos le brillaban como en ningún otro mo-mento del día...

Creo que tomaba el ómnibus y hacía todo el recorrido hasta la pa-rada. Caminaba bastante además. Diría luego que, “caminando, se a-prende a conocer a la gente”. Que para eso había estudiado y había si-do enviado por el “Otro” y los “otros”. Para curar al Mundo, y ver si podía firmar el Tratado...

Entonces supe que me costaría entenderlo. Sobre todo, en otra parte del sueño.

Lo cierto es que, luego de “co-mer” su almuerzo, lo imaginé un rato guardado en el ropero, y otro rato —ya sin cuerpo— acomodado en un rincón de la pieza, como un cigarrillo arrojado tras la última pitada.

A las tres de la tarde, calzado de hombre nuevamente, saldría a la ciu-dad sellando a fuego cada uno de sus pasos, y dejándonos las manos cálidas, vueltas cenizas, en tanto le veía-mos desaparecer.

A las siete u ocho de la tarde, an-tes de que su cara derretida nos mos-trara la oscuridad de los abismos, la valija blanca anunciaría su regreso a la casa y el apuro de doña Aída por borrar las pisadas del cuarto de su in-quilino, donde había estado husmean-do con resultados tan negativos como desconcertantes.

El sol se ocultaría en el preciso instante en que el Doctor llegara pa-rra recluirse en ella...

Algo haría allá dentro. Escribiría o lee-ría. No sé. Más luego, supe que ni es-cribía ni leía: sólo abría con cuidado la valija y hablaba sin mover los labios, y pasaba datos y cifras en un idioma mental más confuso que el chino...

A las once de la noche la luz de su habitación se apagaba, y toda la casa se sumía en el más ceñido si-lencio. Pero eso nada significaba por-que yo sabía que la Tía Aída tam-po podía dormir. Tenía muchas ga-nas de preguntarle cosas ya que, mal-dito sea, sus cartas no las revelaban, como tampoco ninguno de sus trucos de consumada curandera.

Como si el viejo, en verdad, no fuera de este mundo.

Entonces comenzaba la fosforescencia amarilla y azul y roja (y tenue). Yo sabía que era él. Porque en los sueños uno puede volverse invisible, atravesar la calle como el viento, y violar la intimidad que ocultan las paredes, filtrándose por las hendijas de sus puertas, y mirar todo y entender todo.

Aunque al principio yo creyera que un velador encendido podía ser su origen también... Y velador o viejo fantasma burbuja de sol, juré no despertarme hasta adivinar su origen, y creo que lo logré.

Fue, en tal sentido, el sueño más largo de mi vida.

#### AL CUARTO DÍA, LO ANALIZÓ

*Ahora la mañana. Tal vez del otro día o de muchos días después.*

*Tía Aída sentía que algo había cambiado de modo repentino en su interior. Una singular nostalgia había arrasado su grave irascibilidad de viuda premiada con la cinta azul de la impopularidad.*

*Es que la vieja doña no podía con el genio, y ya estaba, de súbito, ¡enamorado! Con un amor de viejos. Pero que era amor...*

Y fue en aquella mañana que el otoño llegó..

La vieja seguía limpiando todos los lunes el cuarto del Doctor, que aparecía y desaparecía de él dejándolo pulcro, llamativamente ordenado, y tornando innecesaria esa labor.

La octogenaria acabó de higienizar su propia parte de la vivienda, y de hervir algunas hojas mágicas para cu-

rar empachos, leyó algunas cartas, lanzó maldiciones contra los impuestos, abolló el diario no bien agotó las notas necrológicas, y alimentó el horno de su cocina con un poco de leña y alcohol de quemar. Acto seguido, entre los vapores ácidos que impregnaron el ambiente, preparó la lista de quinielas, colocó una cruz al lado del nombre del funcionario que conocía sus actividades y que debería atender, por ende, con generoso cuidado en el reparto de dividendos, y se mostró en la vereda, escoba en mano, para saludar a pocos y recibir de aquellos que aseguraban era una persona simpática, algo distraída y nerviosa por la edad, pero buena al fin, los “buenos días”. Más no sea por las dudas que hubiera pactado algo con Satanás y clavara alfileres en sus fotografías... En esto, los vecinos más pudientes tenían sumo cuidado. Y hasta la llevaban en auto a hacer las compras.

Volvía como a las nueve con los bolsos cargados de verdura, disponía la cocina para más tarde, tomaba las llaves, abría la puerta y entraba al reducto del viejo que hacía como dos horas se había retirado... Pero siempre lo mismo. Las pocas arañas que lograban colgar sus redes, no eran desalojadas sino de tanto en tanto, porque algún pretexto había que tener... Las moscas del verano o las arañas que venían con las primeras lluvias de otoño, seguirían un tiempo allí. Hasta que, al cabo de tres meses, Aída imaginó que siempre sería así. En verano, moscas, hormigas y mosquitos. En otoño, arañas. En verano y otoño, polvo —muy poco—, y

las camas tendidas como la semana anterior y anterior, y anterior. En invierno, polillas y cucarachas. En primavera, nada. Sólo una pizca de polvo. Como en verano, otoño e invierno. Porque nadie podría, aunque revisara el cuarto, asegurar que alguien vivía realmente en él...

Y así, Tía Aída agonizaba cada comienzo de semana junto a la extraña perfección de aquel orden. Demasiado orden por tratarse de un simple inquilino. Demasiada prolijidad, aun tratándose de un hombre culto, soltero o viudo. Esto último, por ejemplo, era una de las cosas que hubiera deseado preguntarle, y que nunca intentaría. Las camas que tendía estaban, al cabo de siete días con sus noches —pero a espía, diariamente comprobado—, exactamente iguales. Sus sábanas y colchas, perfectas y alisadas. Como sólo ella sabía y podía hacerlo. Con esa naturalidad, cariño y habilidad de alguien que quiere al alguien y no se atreve a hacérselo presente de pudorosa no más. Pero ella lo mismo volvía a remover las fundas, a sacudirlas, a lavarlas y a tenderlas, una y otra vez, todos los lunes, porque para algo le pagaban, al menos. Además, estaba el polvo. Casi nada, pero...

Esa fina capa demostraba, de tanto en tanto, la rutinaria dirección de las pisadas del viejo.

De la puerta al ropero.

Del ropero a la puerta.

¡Ja!, me sonreí. Mi sueño era lógico. Fantástico pero lógico. No me contradecía.

De la puerta al ropero.

Del ropero a la puerta.

Un día, para comprobar que la sospecha era correcta, doña Aída dejó una señal en el lecho: un doblez simulado en la colcha sobre la línea media de la almohada. Algo tonto.

Dejó, además, pasar ese día. Todo el día. Hubiera querido entrar antes. La cabeza le dolía de ansiedad. La boca le temblaba y, más de una vez, el balbuceo de sus labios no pudo atribuirse al olvido de la dentadura postiza...

De la puerta al ropero.

Del ropero a la puerta.

No, era evidente que el Doctor Sin Nombre no dormía allí, o en esa cama, al menos.

Y yo por nada del mundo me hubiera despertado. Sin embargo, casi lo logra el profesor de la materia previa que debía, y que, de pronto, intervino con amenazas para que lo hiciera y estudiara, o no aprobaría. Pesadilla. ¡Toda una maldita pesadilla!

Lo mandé, simbólicamente, a los tomates. Después me arrepentí, porque supe que al Doctor le gustaban los tomates. Le dije al profesor, entonces, que se fuera por donde el sol calentara más. Pero volví a arrepentirme por temor a que el diablo se ofuscará de tener un contrincante. Opté, pues, por insistirle, amable y perspicaz, que volviera otro día. Que este sueño era completamente mío y yo haría de él lo que quisiera, porque lucía más interesante que ese jeroglífico de números y combinaciones que, algún loco o descentrado, había bautizado con el nombre de “matemática”. Y punto. Nunca más volvió. Igual se había ofendido, incapaz de absorber una crítica constructiva. Y como, a lo mejor, yo también estaba descerebrado, re-

petí el famoso adagio: “cada loco con su tema”, y me concentré en el cálido Doctor Sin Nombre...

*AL QUINTO DÍA, LO COMPRENDÍ*

*De pronto, fue domingo, y lo hallé en la playa...*

*Pero no era primavera, ni verano, ni principios de otoño. Era invierno y, sin embargo, estaba desnudo: completamente desnudo y arrojado en la arena, con la cabeza levantada y la mirada perdida en la distancia... Como orando al cielo, y sus cabellos rizados por el viento de la ribera lagunera... A su lado, la valija redonda.*

Aquí presumí que no sería un pedazo de sol el que tendría escondido dentro de ésta, sino una máquina de escribir. En eso fallé.

Grité un saludo y me acerqué. Mis padres estaban distantes, en la zona verde, bajo los palos borrachos del Parque del Sur, como sombras sobre los claros de luz, preparando el desayuno. Tuve ganas de vomitar porque nunca había visto un cuerpo así, tan flaco y lívido y ruinoso como ése. Parecía sin vida. Dudé que respirara: sí, la tímida agitación de sus pulmones sería un truco. Un buen truco de ventilador. De cualquier modo, por ósmosis, miedo o aquel malféfico carisma que rodeaba a su figura con un extraño halo de venerabilidad, yo estaba junto a él. Y, él, acariciaba mis cabellos...

No me lastimó. Pero fue como el halago de un hierro al rojo. Hasta percibí

el olor del pelo chamuscado. “Imaginación”, me dije. “Pura imaginación”; pero lo mismo no pude dejar de avistar a un chico de doce años todo calvo y feo y pura frente, escalpado por el hechicero indio que lo había capturado en el desierto de Nevada.

Toqué mis cabellos. Estaban todos. Menos mal. Menos mal. “Creo que me comporto estúpidamente”.

El Gordo y Enrique preferían estar lejos, bien lejos. No me comprendían ni hacía falta..

“Inexplicables seres, los hombres...”, apuntó el Doctor. Yo iba a preguntarle por qué, pero él se adelantó y dijo: “No comen pájaros”.

Yo lo miré y tuve otro poco de miedo. El Doctor era un ser paranoico o simulaba serlo. Y yo, no me animaba a contradecirlo.

“Los pájaros son jugosos”, aclaró... “Y vuelan. Son jugosos y puros, y pueden enseñarnos a ser libres. En verdad, son epicúreamente (‘¿Cómo?’) sabrosos... Sí, cada color les da un gusto singular. Un gusto específico y virtual. Los otros días hice la prueba. Después tuve problemas estomacales, porque este cuerpo no está preparado para ciertas cosas. Igual con el pollo que pinté hace un tiempo. Sí, aprendí a pintar. Compré mis colores favoritos, hice el Arco de mis antecesores sobre su piel hervida y desplumada, y... ¡delicioso! Allí, por ejemplo, en mi Reino, jamás podríamos combinar colores con eso tan exquisito que ustedes llaman carne. De hecho, no resulta necesario... ¡Delicioso! Lástima que aquí abusen de otros condimentos y especias que, al fin de cuentas, también conspiran contra

el organismo y desafilan los colores: hablo del vinagre, la pimienta y la sal. ¡Y los ajíes! Como los que usa doña Aída. Y, además, no son tan coloridos y exquisitos como un tarro de pintura en varios tonos. Al contrario, desperdician el manjar pintando casas. Pero reconozco que tiene un cierto sentido: a uno le dan ganas de comerse una casa...

"Igual con las Estaciones. Estuve días atrás con don Invierno de la Muerte; pero todavía no llega el momento de su derrota... Sin embargo, tuvo miedo y salió corriendo. Supervivencia. Creyó que, al final lo iba a devorar... A él y a su compinche: don Otoño de la Vejez. En cuanto a..., jamás. El Verano del Sol y la Primavera de la Juventud, son manjares harto especiales. No son para comer, sino para formar parte de Ellos..."

Yo lo escuchaba y no me hacía problemas. La brisa rastrillaba la arena de la playa y hacía frío. La brisa soplaba y, el viejo y yo, desnudos en la arena, ni siquiera estornudábamos. Todo era un sueño. El sueño de tantas películas vistas y libros de cuentos leídos, o del cuarto huevo frito que mamá aceptara, a regañadientes, servirme esa noche. *Mea culpa*.

Mientras tanto, el viejo seguía arrodillado, rezando, y yo, sin despegarme de su sombra... Pero ya no era invierno, sino primavera.

El chocolate, bajo los árboles del Parque, se había transmutado en termo con agua para el mate en las manos de papá, mamá, y los padres del Gordo y de Enrique... Que seguían allí, a muchos metros de nosotros. En-

candilados. Como si la infusión de la yerba Rosamonte los hubiera vuelto verdes, y confundido con el paisaje. De ahí que, al cabo de un rato, ya no los vi. Ni a ellos ni a nadie...

La playa de invierno se había disuelto en las aguas del lago que nacía en el canal del Puerto, donde estábamos mirando barcos.

"Son hermosos los barcos".

El viejo habló y yo escuché de nuevo. "Son hermosos porque tienen bellos colores. Si no en la carcasa, en las banderas. Dan ganas de comerse los. Es raro, pero nunca pensé así".

Entonces me animé, no sin horror, a preguntarle, temblando: "Y... ¿los hombres son buenos para comer?"

El Doctor Sin Nombre me miró, y sus ojos ardieron como un millón de fuegos, como un millón de bocas de volcán y lava ardiente...

"No", dijo. Su voz cimbró en mis oídos y, luego de un millón de ecos, se apagó enronquecida. "Los hombres son insulsos y fríos. Sólo tienen en el alma un color. Éste —y se pellizcó ásperamente uno de sus brazos grises—. Son malvados e infelices. Pero no siempre fue así. Y Yo Soy el Pan de Vida. Los hombres deberán comerme a Mí para engendrar colores en sus corazones. Para eso he venido al Mundo: para ser comido por ustedes".

De hecho, no pude discutir el asunto. Quizá se burlara de mi inocencia o ingenuidad. O de mi orgullo humano. Porque con el color de pelo, ojos, boca, piel y dientes, los humanos podíamos llegar a tener más de uno. Además, en otros países la gente era negra, o amarilla, o terrosa... Creo

que su mirada de reojo, matizada por la suavidad y misericordia en la expresión, intentó comprenderme como para darme algo de razón.

Insistí: “¿Puedo preguntarle...?”, balbuceo. “¿...De dónde vengo?”, responde sin dudar. Y afirma: “Lo sé. Soy demasiado raro para el ser humano. Pero me gusta beber vientos y comer pájaros. Y tomates y zanahorias” (*Eso yo lo sabía porque la vieja Aída venía de la feria y traía dos bolsas. Una para ella y otra para el Doctor. Al tope de tomates y zanahorias. Toneladas de tomates y zanahorias que, misteriosamente, de alguna u otra forma desaparecían, pues la vieja no hallaba rastros de ellas. No obstante lo extraño, Aída insistía en que el Doctor era bueno, que atendía bien a los pobres y marginados del barrio... Que por eso venían muchos a su casa de curandera. Que no era por ella, sino por el viejo, que era muy bueno con la gente humilde...*).

“¿Todos los pájaros le gustan?”, consulto. “No ‘todos’. Sí, buena pregunta. B-u-e-n-a p-r-e-g-u-n-t-a”. Y su voz volvía a revoluciones gastadas, y el pobre hombre me parecía cada vez más viejo y más loco.

“Buena pregunta. No. No todos los pájaros. Me gustan los colibríes (rubíes y topacios, con una espiga de trigo atada al cuello); el Muscalía Bermellón de este país; la Calandria Pintada de México; el Corona Amarilla de Panamá; el Picaflor Escarlata de China e India, y el Cordon Bleu del África; aparte de los canarios, cardenales y zorzales que he visto por aquí”, dijo

entonces con suficiencia y vuelo internacional. “Pero los gorriones de España, no. Son marrones”, concluyó.

Luego, desplegando un prolongado silencio, su actitud contempladora derivó en un nuevo interrogante; pero esta vez de su parte. Absorto en el movimiento de buques y barcasas del Puerto, preguntó: “¿Qué hacen los barcos?”.

Sorprendido, sólo atino a responder: “Llevan y traen cosas de un lado a otro. De una ciudad a otra. Cosas que los hombres necesitan intercambiar entre sí...”. Y no puedo ahondar en la seriedad o ridiculez de la charla, ya que vuelve a preguntar: “Y..., ¿por qué, o para qué?” (su falsa candidez me exaspera y le contesto con sus propios enigmas). Digo: “Tal vez los hombres, a pesar de su falta de colores en el alma, lo intentan; insulsos y fríos, malos e infelices, lo intentan. Duros y complicados, a veces, lo intentan: intentan... compartir”. Y una tibia sonrisa lo conmueve. “Vas comprendiendo”, dice. “Y habrá que hacerse como vos; habrá que volverse niño para engendrar colores en la esencia eterna de cada hombre”.

De pronto, un buque abovedado, hace sonar el estruendo de su silbato...

“¿Qué hace?”, demanda el Doctor señalando el buque.

“Se va. Ya cargó”, explico.

“¿Cargó?”.

“Sí, lleva trigo y lino, y va para Grecia. Allí no tienen...”.

“¿Entonces, cómo le llaman al intento de ‘compartir’...? ¿Solidaridad?”, “arriesga” el viejo (zorro)...

“Sí. Pero también, ‘negocio’”, respondo con aires de comerciante. Y se echa a reír tan jocosamente que no es posible ya escuchar el adiós del barco.

“¿Negocio? Sí, en mis salidas he investigado al respecto. Negocio se asocia con dinero, injusticia, lucha, poder... Palabras duras y complicadas para seres duros y complicados”. Y el viejo se parece a papá.

“Eso es...”, sostengo. Como si en vez de doce tuviera cuarenta años.

“Y usted, ¿de dónde viene?”, inquiero.

“De muy lejos”, revela con nostalgia.

“¿De qué tan lejos? ¿De Europa?”.

“No. De más lejos. De mucho más...”.

“¡Ah!, del Asia”, afirmo y me atribuyo la razón, y me quedo con el supuesto esbozado, como si no supiera que es tan falso como falsa su increíble ingenuidad. “En Asia hay multitudes de barcos también...”.

El viejo tampoco ayuda, porque se queda callado un rato, pensativo y esquivo. Luego agrega: “A mí me gustan los colores”.

Y vuelta con el asunto de los colores. Como si el viejo fuera su origen. Mala idea no era. ¿Si en cambio del... fuera...?

Tonterías.

Los barcos ya se han ido y flotamos en una nube densa y azul que desfigura nuestros rostros.

“¿Qué colores aprecia más?”, pregunto, siguiendo su juego.

“Todos, excepto el negro y el marrón”, contesta. Y yo sin verlo cuando

su boca se agranda y, en lugar de campanilla, asoma de la garganta un parlante de cartón...

“A ver... Sí. Allí predomina el rojo. Pero también el amarillo. Sí, esos dos. Ésos me gustan mucho. Muy mucho...”. Y uno podía apreciar que esto era verdad, porque los ojos volvían a centellearle como tubos fluorescentes.

“¿Y el calizo? ¿Y el color calizo de las aguas del río? ¿Y el ocre de este atardecer de verano?”; puesto que ya no era invierno, ni primavera, sino verano nuevamente.

Entonces continuo: “¿Y ese cielo rosado que se abre como una flor de gladiolo en el confín del firmamento?”.

Responde: “Sí, son bellos. Derivan de los colores primarios. Son la expresión poética del espíritu. Pero ahora estoy triste. Melancólico. Además, ya es tarde. Debo irme. Mañana seguiremos. O cuando venga el otoño. El sol está por caer y no puedo demorar el informe (¿el informe?)... Ustedes respiran aire; yo, en cambio... Y dentro de poco, debo volver a mi ciudad, a mi casa, a mi hogar...”, dice agonizante...

“¿Y cómo es ella?”, prosigo impiadoso.

“¿Quién?”.

“Su casa, su ciudad...”.

“No importa. Mas, te prometo: antes de despedirme trataré de...”. Pero se arrepiente y acota asumiendo sanas inquietudes: “¡Ah!, mi ciudad es hermosa. Dulcemente bella. Un día te invitaré a conocerla y te quedarás allí para siempre. No querrás otra cosa que estar allí. Porque en mi ho-

gar hay muchas moradas, y yo voy a prepararles un lugar para los que me coman y sean como vos, de muchos colores...”.

El viejo estaba triste y eso me dolió. Alguna vez yo también había viajado y sabía cómo era eso de extrañar a los “míos”.

“¿Vamos?”, dijo el Doctor.

“Sí”, respondí. Y nos fuimos.

Sin embargo, otra pregunta quedó suspendida en mi mente: “¿Por qué Doctor de Mundos?”. Y me contesto: es que habría viajado mucho, sin dudas, ejerciendo su ciencia... Lo describo como una especie de... “cromoterapeuta”; digo, por su conocimiento acerca de los colores. De grande supe, al decir de algún otro profesional como él en la materia, que cada uno “muestra una forma distinta de expresarse, de ver el mundo, de conectarse con la realidad y crea sobre el espíritu, diferentes estados de ánimo”. El artículo que leí al respecto enfatizaba: “El color, es uno de los elementos con los que el cuerpo puede manejarse con más facilidad para cubrir sus necesidades. Porque cada color posee una vibración que actúa en determinadas áreas del organismo regularizando diferentes anomalías físicas o mentales”. De hecho, el tema que tratamos con el Doctor, la hora de más que me quedé en su casa durante el próximo —sexto— día, abordó esta cuestión. In extenso. Anticipo: allí fue cuando el viejo me aclaró eso de que, por lo general, “esa vibración actúa desde lo más profundo de la conciencia hacia el exterior, si bien el color ingresa al cuerpo tanto desde adentro como desde afuera”. “¿Y cómo sucede?”, re-

cuerdo haber preguntado después de experimentar sus futuros e inefables diálogos con “ellos”, mediante el “televisor” o lo que haya sido (ya verán...).

Con suma paciencia, el Doctor lo explicó así: “Mira, hijo: ingresamos color por medio de la vestimenta, los rayos de luz solar o artificial aplicados sobre la piel, la alimentación, los líquidos solarizados (‘¿Lo qué?’, y entendí), la meditación, la oración y la respiración cromática...” (principio de la charla que me hizo acordar a la mujer que le preguntara a Einstein en qué consistía la eternidad; y éste, con pocas reservas anímicas —al revés de las que les sobraban al Doctor—, le contestara: “La eternidad, querida señora, es el tiempo en que usted alcanzaría a comprender mis teorías e intentar explicármelas...”).

Anécdota aparte, en aquella oportunidad, el Cálido Doctor Sin Nombre me dijo que el objetivo de su ciencia consistía, entre otras cosas —las que, como San Agustín ante el Misterio de la Santísima Trinidad, estarían negadas por ahora a mi entendimiento—, en combatir los males que alteran el buen funcionamiento del ser humano, haciendo —por ejemplo— que la frecuencia de los colores se ponga en resonancia (“¡La pucha que hablaba difícil el Doctor!”). Menos mal que papá me compraba para leer “El Enigma de los Tiempos”. Y ¡“Mecánica Popular”!) con la vibración de nuestro campo bioenergético, al cual conocemos por el nombre de “aura”...

Y cuanto más aclaraba, más anochece. Y pensar que, con casi trece de edad, no estaba preparado todavía para... Pero él continuaba

recitando su lección: “Pasa que pocos hombres saben que los colores claros y vivos, en especial el rojo (‘¡El rojo! ¡Mi color favorito, les dije!’), son los que emiten más calor; por el contrario, en época de frío, en vez de usar éstos, he visto en mis salidas diarias que las vidrieras de los hombres que comercian ropa están repletas de vestidos negros, verdes y azules oscuros, y marrones. Deberían saber, por el contrario, que las personas cuánto más varían diariamente los colores de su vestimenta, tienen más posibilidades y tendencias a mantenerse sanos de cuerpo y alma... Y no es lo que aprecio para que esto suceda —entre otras razones, y como te he dicho— en el mundo occidental. Una pena”.

Lo interrumpo para averiguar sobre los límites de la terapia que él emplea... Y afirma que el tratamiento no tiene fronteras, aunque los resultados en algunas personas pueden ser más rápidamente visibles que en otras; y que la ciencia basada en la cromoterapia abarca “desde la simple corrección de un estado de ánimo (ayudar a alguien a calmarse o a potenciar su energía), hasta a regular anomalías del tipo de la presión sanguínea, malestares orgánicos u óseos, infecciones, obesidad y anorexia, entre otros... Además, y esto lo saben los médicos dietólogos en particular, el color de los alimentos que ingerimos aportan al organismo —en vitaminas— distintos tipos de elementos nutritivos...”. “¿Y tan infalible es el método?”, indago. Y el viejo, ya ganado el Cielo por su infinita complacencia para conmigo y mis ganas de soñar y de soñarlo, intenta

aclarar la duda, diciendo: “Obviamente, un tratamiento de cromoterapia no se restringe exclusivamente —como he intentado sugerirte— a ingerir cierto tipo de alimentos o a vestirse con determinados colores; pero son factores que pueden acelerar notablemente los resultados finales, o por sí solos ayudar a una persona a estabilizarse en su peso, o a mejorar su estado de ánimo... Sintetizando, te diría que todos los cambios que contemplen colores en su método influyen en la energía: la decoración, la naturaleza, y aun el color del cabello, siendo posible contrarrestar los efectos de algunos colores, utilizando a consciencia los opuestos complementarios. ¿Entiendes? (Para qué decirle, si sólo el tiempo me ayudaría a aprender). Pero aclaro, no todo es del color del cristal con que se mira” (adagio que luego mi padre repetiría hasta el cansancio, para denunciar a los lobos disfrazados de corderos de este mundo)...

“¿Así que, entonces, cada color posee una acción física y psíquica en los seres humanos?”, deduzco y no dejo de sorprender al viejo con mi adulta apreciación...

“Exacto, niño. En verdad, pensé que no habías comprendido nada... ¡Eso es! Veamos: el rojo, estimula la actividad del hígado y la circulación sanguínea, y lucha contra la bronquitis, la impotencia y el reumatismo; y, fundamentalmente, estimula al espíritu para las pruebas a corto término, como las que debo afrontar yo ahora.... (¡Esto sí que vale haberlo escuchado de su boca!). Remite al fuego y al Sol. (¡Al fuego y al sol!; caliente, caliente... Sí que estoy cerca

de develarlo. Y él, quizá lo sabe también). En cambio, el naranja es perfecto para combatir la fatiga, estimular el sistema respiratorio y fijar calcio en los huesos; aumenta el optimismo y resulta una especie de tónico sexual... (Aquí el rubor empaña mis anteojos de sabelotodo). Y el amarillo da energía al sistema digestivo y tono a la masa muscular, estimulando el intelecto y en igual sentido que el naranja, como factor antifatiga y antidepresivo. Por lo demás, el color limón colabora en la concentración mental, desintoxica y regulariza los disturbios crónicos. En tanto el verde —el claro, no el oscuro— tiene propiedades sedantes, fortifica la visión y disminuye la tensión sanguínea; cambia las ideas, soluciona los problemas de insomnio y calma la nerviosidad y la cólera. ¿Seguimos?...”, azuza.

¡Claro que sí! ¡Claro que sí! Esto es apasionante... “Bueno, verás: el azul es un color refrescante, antiséptico y astringente, que combate el egoísmo, dota de paz y tranquilidad a los ambientes y abre la mente al conocimiento; de hecho, resulta favorable contra la fiebre, el asma, el exceso de peso y la celulitis. En tanto, el violeta disminuye la angustia, las fobias y el miedo, todo en relación con el verde y el amarillo, eliminando la ira y la violencia (¿Y si vistiéramos a todos los soldados de violeta?, pienso. Pero no puede ser tan sencillo acabar con el flagelo de la guerra, concluyo). Por lo demás, el púrpura es el color de los Magos; tiene poder hipnótico, y el escarlata es empleado por quienes ansían seducir a otros con una sensualidad particular, con-

trola la tristeza y aumenta la tensión sanguínea... ¿Satisfecho?”, demanda casi exhausto luego de su imprevista conferencia...

(...)

*Y aunque mis padres me reclaman desde su olvidado picnic, yo acepto la mano del hombre que se va alicaído como un ocaso de fin de semana, y que ya no luce desnudo sino vestido, con su traje azul y su camisa amarilla y sus zapatos rojos, y, al cabo, termino esfumándome con él, sin rumbo fijo...*

*Entonces, creo despertar e ir hasta el cuarto de baño; y, antes de zambullirme otra vez entre las sábanas humedecidas por la fiebre de mi mente alucinada, doy un vistazo afuera, pero todavía es noche. En domingo, sólo los gorriones despertarán con la primera claridad del nuevo día.*

AL SEXTO DÍA, LO JUZGÓ Y SANÓ

*Volví a dormirme. El aroma de la casa del viejo que escapaba de una chimenea que, en realidad, no existía, pero que yo había inventado, me tomó de las narices y me introdujo en la habitación donde él estaba, arrellanado, junto a su valija y frente a un televisor (se los dije).*

Un dato nuevo.

Un televisor.

“¿Un televisor? Pero... ¿Se compró un televisor? Bueno, así no se siente tan solo”, digo cariñosamente.

“Claro”, responde él. “Puedes sentarte. ¿Has visto alguna vez televisión?”, pregunta (porque estoy a

principios de la década del sesenta, y en los barrios argentinos no había muchos de esos fascinantes aparatos). “Sí... Eh..., un poco. En cinco cuerdas a la redonda sólo hay dos televisores. Alguna que otra serie”, digo con vergüenza. “Pero no sabía... Desde la ventana de mi altillo jamás pude advertir una antena en casa de Tía Aída”.

“Tía Aída es adorable. Me atiende bien...”, dice, y renueva su invitación a que tome asiento cerca de él...

Lo hago.

“¿Y dónde está la imagen?”, interpelo perplejo.

“Después. La imagen después. Primero deseo charlar con Ellos”. Y señala la lluvia de rayos que sisea en el aparato con una luminiscencia fantasmagórica, como claves de un Enigma esencial. “Debo contarles algunas cosas sobre Ustedes, porque la Hora ha llegado”.

Por lo demás, ahora sé que no entiendo nada. Ni quiero hacerlo. Sin embargo, lo imagino (por algo es mi sueño). Pero, como todo es absurdo —más absurdo que lo que ya había soñado, porque de otro modo hubiera sido su explicación—, prefiero descartarlo. De esta forma evito despertar.

“¿Y para qué el televisor, así, en un canal sin imagen?”, reitero.

“Para charlar con mis Amigos, no sentirme tan solo y poder estudiar a los hombres aun por las noches”, sintetiza.

“¡Claro! ¡Eso era!”, exclamo feliz de mi presunto acierto...

“¿Qué?”.

“Nada”. Ya veo; el viejo prendía el televisor, y no era un fantasma, un

demonio, un cigarrillo o un velador encendido, sino aquel pequeño y palpitante artefacto el origen de la misteriosa luz que, a cierta hora, dejaba correr mi imaginación.

“¿Puedo decirle a los chicos que tiene un televisor?”.

“No. No se lo digas. No es por nada; sólo que no funciona correctamente para ciertas cosas... Cuando lo repare, entonces...”.

Lo cual, por alguna razón, no era verdad.

Al cabo de un rato me puse a cabecear. Su juego extraterrestre me aburría.

“Voy a avisar a mis padres”, digo. “Es un poco tarde; son las nueve de la noche y creen que estoy en lo del Gordo revisando apuntes”.

“Bueno; de acuerdo. Pero es una lástima. Justo ahora que iba a conectar la imagen...”, y su voz gorgotea como un murmullo de monje.

“Pero, ¿cómo hará? Si no hay antena. ¿Cómo va a hacer? ¿Acaso no dijo que no funcionaba?”, demando intrigado y expectante...

“¡Así!”.

El viejo chasquea los dedos; un automóvil se precipita hacia nosotros, y el sonido como aullido de su sirena policial dobla una curva y se pierde en un truculento callejón de Chicago, como en la serie “Los Intocables”.

Quedo atontado por el susto. Pero hay una ventaja de mi parte: tener dominio y conciencia de mi sueño. Por eso, opto por quedarme con él una hora más, para luego sí volver a casa.

Sé que el Doctor se mostró apenado, pero yo me fui silbando, contento

de haber alcanzado su amistad, e incluso, luego de perderle el miedo, de haber aprendido a razonar casi como él.

Aquella hora extra había sido ciertamente productiva. Una charla rápida, como al galope, acabó por generarse sobre temas tan densos como disímiles para mi edad. Hablo de su afición por los colores, a raíz de su profesión de cromoterapeuta, de lo que opinaba sobre música, cine, política, economía y educación en el país y en el mundo; enseñanzas que me habían permitido comprobar su singular sapiencia de vida. Y sus reacciones. Comprensivas e irónicas; con base en una racionalidad inmanente y trascendente que lo hacía a uno preguntarse qué es realidad, qué, fantasía, para concluir reconociendo a ambas, y a esta altura de mis recuerdos de infancia, como enfoques de una misma impronta existencial....

*Al cruzar la calle recordé parte del diálogo final. Lo hice con ojos de admiración por aquel universo inaudito abierto a mi conocimiento. Fue antes de saludar a mamá, cenar y acostarme.*

Aunque algunas respuestas sueltas —como el destino de los vagabundos o de los niños marginados obligados a mendigar—, quedaron impotentes en mi memoria, así y todo, cuando sólo más adelante se hablaría de ello, su propuesta en aquel instante acerca de familias sustitutas que recibieran hasta una determinada edad a chicos carenciados para formarlos en su dignidad de

ser, no dejó de turbarme profundamente. El barrio y mi edad me aproximaban demasiado a algunas realidades, y era elemental que acudiera yo al Doctor de Mundos para encontrar esas respuestas. Por otra parte, era evidente que, en el plano de la inconsciencia, las ideas de mi padre cobraban vida en boca del viejo, y la confusión de planos vivenciales hizo crecer la contrariedad que sufriría yo al expirar la charla.

Por ejemplo, ¿acaso no había dicho, cuando hablara de música, que ésta no era sino un ave invisible cuyos colores sólo pueden apreciarse con oídos atentos y buena disposición interior? ¿Que admiraba la expresión clásica en todos sus compositores, en especial Mozart y Beethoven? ¿Acaso, como era de suponer, no había insistido yo en Elvis Presley, Beatles, Rolling Stones y Louis Armstrong? ¡Por supuesto! Y de todos gustaba. Amaba sus colores: el rojo de la fuerza, el azul de la tranquilidad en el orden, el amarillo de la armonía y el verde de la creatividad, y la alegría de sus ritmos y contrapuntos... Y algo semejante diría respecto de la pintura y los libros de cuentos (sobre todo de los infantiles: con sus molinos de viento y mariposas silvestres, aviones regordetes y granjas estruendosas, osos durmientes y vacas parlanchinas, ángeles bondadosos y demonios astutos, príncipes consortes y princesas durmientes, hadas madrinas y magos de Oz o Terramar, personajes grandes y pequeños, tremebundos y con pecas de rubor, ingenuos, pero aleccionadores...).

No obstante, sería con el cine donde aparecería de nuevo su poesía de lo imprevisto: “Me encanta el cine. Me encanta”, repetía. “He ido muchas veces al cine en estos días. Y también aquí, como en otras ciudades, siempre termino por comerme una película; claro, tengo que irme en seguida porque la gente grita y protesta injustamente contra la empresa. Pero no cualquier película: sólo aquellas que no necesitan ser entendidas, porque no dicen nada. Les hago un favor; pero igual se quejan...”. Y recuerdo la risa que me causó tal ocurrencia, mientras chistaba y afirmaba que estaba diciendo algo muy serio...

*Los demás asuntos fueron más bien espinosos. Complejos. Dada mi corta edad, yo hice lo que pude. Sus respuestas, en este caso, fueron graves y profundas. Hubo sutileza e ironía componiendo la trama de su pensamiento; también sabiduría, mansedumbre, humildad y compasión. Como la de quien está acostumbrado a juzgar con misericordia, y a perdonar de verdad...*

*Y recuerdo también que algo ocurrió conmigo en la ocasión.*

*Yo hablaba y razonaba con él como si no tuviera doce años; y ese algo, lo que cuarenta años pueden dar, me hicieron pensar —atinadamente— que papá estaba conmigo. ¿Habría ocupado mi lugar...?*

El tiempo retrocedió unos pasos. Entre uno y doce meses atrás.

Todo un año. Un año clave.

Recién comenzaba, y las secuelas del anterior aún dejaban sentir

sus efectos bajo las copas de los últimos sombreros de paño. Cosas de la moda... Como la de los presidentes.

América cambiaba de presidentes como el Tío Rico de zapatos. Cruenta e incruentamente... La Europa y la URSS también...

Estensoro, Goulard, Alessandri (cuando finalmente desperté, tuve que buscar afanosamente en diarios y revistas que jamás había leído —a no ser sus páginas cómicas y deportivas— para comprobarlo; allí fue cuando acepté la hipótesis de que, en sueños, podemos llegar a memorar, elaborar o predecir cosas que, conscientemente, no recordaríamos, ni inventaríamos, ni intuiríamos)... Stroessner, ¿Kassan ejecutado? ¿Bosch depuesto? ¿Diem asesinado? (No cabían dudas: papá estaba conmigo). Johnson, Krushchev, pero antes...

“¡Kennedy!”, grito.

Y la imagen del televisor vuelve a mostrar, como en noviembre último, el asesinato de Dallas.

“Todo es... Ya pasó”, balbuceo con miedo. “¿Qué vemos ahí? ¿Un noticiero?”.

El Doctor Sin Nombre permanece un instante en silencio, y luego agrega: “No. Revisaba archivos. Quería repasar algunas cosas antes de irme. Refrescarlas, aunque ya obran en el Informe. Día por día. Suceso tras suceso...”.

Su voz se entrecorta. No olvido que soy un niño: la angustia, pues, oprime mi corazón y lo deshace en lágrimas calladas.

Algo terrible esconden las palabras del viejo y yo no puedo, ahora, dejar de adivinarlo.

“¿Por qué... lo hicieron?”, musito.

“Por muchas razones”, expresa.

“¿Cuáles?”, insisto.

“Si dijéramos envidia, estupidez o error... Pero lo hicieron sabiendo lo que hacían. Estaban fuera de sí. Porque, locura de poder, tenían; fiebre de dinero, tenían... Y en nombre de la vida, cercenaron y cercenan la esperanza. En nombre del amor, instruyeron e instruyen para el odio. En nombre de la paz, se prepararon y alistan para la guerra...”.

*Yo estaba colgado del techo mirando a mi padre y al viejo conversar. Por eso no desperté cuando el Doctor de Mundos acabó de pronunciar aquel juicio.*

*Nuevo silencio, y un sentimiento de asfixia me sofoca.*

*Pero pasa. La agonía del discurso cesa y aprovecho para bajar en el preciso segundo en que papá se derrite, en el aire, como un espasmo de luz.*

“¿Y eso?”. Hay mucha gente importante y una gran Sala. Gente que se mueve con prudencia y se prepara para firmar algo importante también...

“¿De qué se trata?”, pregunto (y no me cansa hacerlo).

El viejo me observa. En seguida sonrío con amargura, y me dice: “Una obra de... teatro. Un Tratado. El Tratado de No Proliferación de Armas Atómicas”.

“¿Entre quiénes?”, y mi curiosidad roza límites peligrosos. Pero el Doctor no se inmuta y contesta evasivo: “¡Ah!, los de siempre”.

Entonces, la imagen televisiva se denigra mostrando a un pueblo sucio, destruido o por serlo.

“¿Dónde estamos?”. No me mira.

“Vietnam. Una historia repetida”, agrega.

Y le suplico: “¿No recuerda algo positivo?” (afuera, un pájaro de brumas se estremece, y cae). “¿Todo el mundo es así?”, inquiero.

“No. Felizmente no. Algunos entienden, y expían sus vidas. De cualquier forma, habrá mucho por hacer. El bien hecho, hecho está. Pero el mal hecho...”.

Su diagnóstico es terrible. Atemoriza.

“Usted habla como un cura”, digo. “Como el cura de mi barrio”.

El viejo acaricia mis cabellos con dulzura de abuelo y, al apartar sus dedos de alambre y entrecerrar sus ojos de plástico, una ciudad hermosa con un hermoso templo y hombres de blanco, aparecen en el monitor...

“¡El Vaticano!”, grito. Y si la vieja Aída no duerme todavía, escuchando, sufriendo con su amor de viejos que no prosperará, que se alisará trunco, amordazado en su propia fantasía, que es la mía y que no cede, aunque la vea despechada profanar el Patio de Belvedere con su boca cloqueando una blasfemia, seguro que ya está despavorida...

“Papá me lo mostró en fotografías. Su madre era italiana”. Y me moro en este viaje hacia la realidad de lo absurdo, los funerales de Juan XXIII. Cercano a este Papa Bueno, un Pontífice Viajero...

“¿Y ahora?”, porque de nuevo hay gente y aplausos en un sitio nunca visto. “Ese año fueron elegidos éstos...”, aclara a medias. Luego, completa: “...los Premios Nobel. Justificaron su existencia. Pero hay muchos otros: artistas y enfermeros, empleados y obreros, doctores y carpinteros, amas de casa y profesores, sin premios, con muchas obras. Son los que escaparon a la gloria humana y, en verdad, esto es positivo. Como un bautismo. Sí, el triunfo envanece en circunstancias la conciencia de los hombres...”.

Y trato de ser justo. Con mi padre, digo. Y su lucha laboral y gremial de todos los días por procurar nuestro sustento y educación profesional y técnica al servicio del Bien Común... Por eso grito en mi interior: “¡Papá... también!”. “Sí, papá también”, repite él con anciana benevolencia al descubrir mis pensamientos. “No dejes nunca de prestarle atención. Es una buena persona.... Y un buen cristiano”. Y ancho, por lo escuchado, mi orgullo y felicidad... “¡Sí, señor!”.

*Ahora la nave Vostok VI se aleja del mapa moscovita en aquel 16 de junio. En tres días más regresará a la tierra de sus padres, trayendo a Dios. Pero no se dará cuenta. Tendrá los bolsillos descosidos y perderá las estrellas y la gloria que ha recogido, luna tras luna... Misterio para ateos. Incógnita para agnósticos.*

Es papá quien, en verdad, piensa esto. Yo he vuelto a colgarme del

techo de la habitación como una araña asustada...

A la sazón, los carteles se agitan y me lanzo de improviso al suelo. Caigo suavemente junto al Doctor y a mi padre, que meditan sobre panfletos, trapos, banderas y bufandas chillonas festejando, en algún lado, un triunfo electoral. Sin embargo, un silencio oscuro e impotente, oculto en los suburbios de la ciudad cansada, incompleta la alegría de ese julio del 51, húmedo y fraudulento.

Participo.

“¿Y cuál es el remedio para...?”. “¿Cambiar?”, interrumpe el Doctor completando sabiamente el interrogante y disponiéndose a aclararlo...

“Educación y libertad con responsabilidad”, asegura. “Para aprender a descubrir, visionar y construir nuevas realidades sobre la base de valores firmes, trascendentes...”, filosofa. “Hoy y siempre, un credo de grises e inseguros se une o desune por las fronteras inevitables con las que, el propio hombre, ha vallado la concepción de la vida en comunidad”, concluye. Y casi como Pilatos, lo azuzo: “¿Y quién educa a quién?”.

“Buen planteo, hijo. Sí, uno llega a cansarse de predicar en el desierto... Pero para Dios nada es imposible. Educación...”, reitera. “Los hombres han montado el mundo en función de necesidades... Algunas falsas; otras, verdaderas. Unas razonables; otras, ilógicas. Necesarias o sugeridas. Inducidas u obligadas. Educación... Para lo que eleva o denigra, para el prestigio o la mediocri-

dad (verás, no me refiero al éxito o mero triunfo en los términos del Mundo: eso es tan sólo espuma de Vanidad); hablo de prestigio, como brillo de una Obra Justa. Cambiando las necesidades que hacen de cada producto o servicio que se produce o trafica, ahorra o consume, un Modo de Vida para la Humanidad, se cambiará al Hombre. Y en esto no pueden tomar parte las Corporaciones del Enemigo, que enajenan el Rostro del Señor de Todo y de Todos con su implacable *marketing* material y consumista...”. Y enmudece mientras retoma el secreto diálogo electrónico con sus Amigos del Éter o de dónde fueran...

*El barrio me atrapa con su acostumbrada soledad de las diez de la noche; pero, de pronto, sin darme cuenta, el rocío nocturno se diluye y la escarcha amanecida se anuncia claramente porque, cuando decido soñar dentro del sueño, las estrellas han perdido su natural centelleo.*

Y AL SÉPTIMO DÍA, DESCANSÓ

*Algo golpea el brazo que pende de la cama.*

*Entreabro los ojos y descubro el enojo de mi madre, gesticulando amenazadora, e insistiendo en que es hora de levantarse, porque ya son las once de la mañana y hay que ventilar mi cuarto —barnizado por el calor y la humedad—, porque huele mal.*

*“¡Ya voy, mamá!”, grito como efímera protesta. Pero por séptima vez vuelve el ensueño y, como siempre sucede al dormir más de la cuenta,*

*la aventura accede a su inquieto final...*

De nuevo es verano. La ciudad se inquieta con gente agitada hormigueando parques y plazoletas, en busca de una sombra solaz. Jóvenes de arena y sol quemando sus últimos minutos de ocio feliz. Matronas bamboleantes esgrimiendo protestas gastronómicas contra el costo de vida. Hombres y mujeres cediendo el paso al flequillo irreverente de un camorrero de lustrosa campera de cuero negro (en pleno verano)... Y otras rarezas y delirios que mejor no enumerar, porque en otro lado estaba lo especial... Al menos para mí, que veía cómo los vecinos más fuertes portaban el cajón que guardaría, eternamente, los restos del cárdeno y aterido semblante de la vieja Tía Aída, muerta de muerte súbita en el día de ayer.

Por lo demás, también el cielo acabaría nublándose de una tristeza nubosa y ennegrecida, presto a lagrimear...

Hace instantes, el cura párroco del cementerio ha rezado por Aída, en la capilla. Ahora acompaña a deudos y conocidos, después de bendecir su tránsito a mejor vida y de consolar a la única de las tres hermanas que la ha sobrevivido.

No se escuchan voces, pero un rumor agonizante traspasa las mentes del vecindario reunido. Es la brisa esquivada de las últimas miradas. Algunas con fe. Casi todas con miedo. El miedo de pensar en la propia muerte.

Pero yo no pensaba en ella. No hacía mucho acababa de verificar su terrible existencia. Que era verdad eso

de que uno se vuelve polvo o ceniza y que, para que el viento no la esparza ni las confunda con otras miserias o bonanzas, y perdure en el terruño, los que siguen en la rueda del Destino las meten en un cofre caoba, pagan un flete mortuorio pintado de negro, y las depositan en ese lugar con perfume a nada, a proyecto inconcluso, a flores envenenadas por el tiempo, con olor a soledad de soledades...

Mientras, yo pensaba en el cómo. En el cómo se habría muerto la pobre Aída.

Y pensaba en el Doctor. En el cálido, enigmático e insustancial Doctor Sin Nombre.

La vieja yacía tras las maderas y el plomo humeante que sellaba sus labios y amartillaba sus ojos. Pero el viejo no estaba.

De haberme puesto en el lugar de otros, hubiera llegado a pensar que, sin duda, se trataba de hombre muy —pero muy— ocupado y —¿algo?— despistado para darse cuenta que... Pero que en cualquier momento llegaría al reducto aciago de los sin vida, y, blandiendo en cruz un ramo gigantesco de calas, respunteado con las más diversas clases de flores rojas, azules y amarillas, ofrendaría a la amada secreta —con ese par manos gélidas y huesudas que asustaban— el último adiós a su amor imposible...

Pero yo sabía que, así, no acontecería.

El foso estaba cavado. Alguna vez la doña lo había pedido. Nada de urnas ni de panteones. Demasiada plata para un par de huesos. A lo sumo, el privilegio de ser útil aun estando muerta: en-

trelazarse con las entrañas de la tierra para alimentar, con sus vermes, la raíz de un árbol. Muerte dando vida; eso anhelaba, simplemente...

(Pobre Aída. Ahora que la veo ahí, tan blanca y chiquita, sin espacio ni tiempo para pedirle perdón por nuestras maldades y burlas reiteradas... Quedaré en deuda con Tía. Lo sé. Un agujero en el techo del galpón; la pata quebrada de su gato Lucifer; la rotura de un vidrio con la pelota, y otras tonteras cometidas sólo para desafiar la magia blanca de sus brujerías de entrecasa...).

Sí, ya era tarde.

¿Y el viejo?

Tardaba. Demasiado, tal vez.

Pero yo sabía... Raro y cálido Doctor Sin Nombre. Un poco loco y bastante extraño, ¿no? Como si no fuera real. Un hombre; sólo que... de otro "país".

Maldito. Ni siquiera me tuvo en cuenta cuando se fue. Desagradecido (y sonrío). Desapareció sin preguntar mi nombre ni aclarar el suyo. Para ofenderse, ¿no?

Y para colmo, ahora llueve. Tras la huida del sol, ahora que la veo ahí, inmovible, llueve. ¡Cómo llueve! La vieja no se moja, al menos. Se acabaron para ella los estornudos y congestiones nasales; y el calor y los mosquitos de esta implacable ciudad litoraleña... ¡Porque llueve como si fuera a diluviar!... ¡Y el viento! Suerte que ya hemos superado la parte del camino negro y descubierta del cementerio municipal, y sus casetas enmohecidas nos defienden de la lluvia. ¿Demorará mucho esto el entierro?

Qué extraña ciudad dentro de la Ciudad... ¿Y el pozo? ¿Se anegará? ¡Qué desastre! ¡Dios, cómo llueve!...

*Siento frío.*

*Sin embargo, sé que es verano. Enero. Pero tengo frío. Por otro lado, siento además una amargura tan grande como la altanera y etérea ubre gris que nos sacude y golpea, desde lo alto...*

“¡Ay! Camine despacio, señora, que es corto el camino de la vida”. “Disculpe jovencito, no lo vi”. Y los paraguas se entrechocan y danzan a cierto nivel del aire, abanicando, torpes, su mapa de pinturas y bordados artificiales y variados. Bajo ellos, las damas predominan. Y pienso en el Doctor Sin Nombre y en su original manía de comerse todo lo que azuzara colores...

El cortejo acelera el ritmo. A veinte metros, el camposanto.

Hemos dejado atrás los recovecos y escalinatas de los edificios que guardan en sus celdas, como panales, miles de restos humanos. No obstante, el barro detiene nuestra marcha...

El pozo.

Las sombras de los obreros que efectuaron la excavación desaparecen subrepticamente bajo la lluvia. Como duendes apocalípticos. Y lloro.

Ya estamos sobre él.

El pozo.

Es negro y profundo, lo sé. Temo mirar.

Doy gracias de que algunas vecinas se apretujen por querer tocar el ataúd y despedir a su amiga con respeto. Temo mirar. No quiero mirar

cuando el mundo se trague las preguntas y respuestas que cada uno de nosotros tiene sobre ese puente de seda que es la Muerte. Pero intuyo cómo su boca siniestra, devoradora de toda luz, engulle la vida y la deja tiesa, inerte y arbitrariamente sola (sólo con el tiempo recibiría la gracia de la Fe y de la Esperanza).

La lluvia ha entrado, obviamente, al pozo. Un poco. Lo suficiente como para amortiguar el descenso. Tía Aída se sentirá acunada por esas aguas traviesas que todos adivinamos pero que nadie verá, porque ese hoyo es negro y profundo y... Lo sé.

Algunas vecinas arrojan flores, mientras el cajón, sostenido por manos nerviosas y tensas cuerdas, se alza un segundo para luego caer y caer hasta el otro lado del mundo...

Y el Doctor no aparece aún. Y sonrío, en tanto presumo: “Je, le ha fallado el gualicho a la doña... Tan contenta que estaba. Le ha fallado. Finalmente, le ha fallado...”. Claro. Por curiosa. Hay gente que no soporta a otra gente. Sobre todo si es curiosa. Se enoja y no le habla más. Y la vieja tenía la virtud —no, el defecto—, de ser curiosa. Porque era bruja también en ese aspecto. Cuando ella sospechaba algo, daba en el clavo. Y sabía “leer” las cartas... Puede que, por eso... ¡Mi Dios! ¿Fue o no capaz de adivinar, entonces, su propia muerte? Quién sabe. Quién sabe si ese delicioso sabor de la curiosidad no justificaba, en este caso —que, al fin y al cabo es cuando Dios quiere—

perder “antes” la vida. Sin embargo, no había podido averiguar la identidad del Doctor de Mundos... Así que, falible, era.

Hago otro esfuerzo. Pienso que esto se torna casi real. No en vano mi carne se escama cuando empiezan a deslizarse las primeras piedras sobre el féretro desmayado en los abismos...

¡Vieja curiosa! Descubrir la valija redonda fue la causa de su primer colapso. No es fácil ver lo que no se puede ver. Descubrir lo que “debe” permanecer oculto. Para colmo, el bendito sueño se ensaña conmigo y demora en revelarme todo. Mis ojos parecían (parecen) no estar vivos cuando, vuelto el Doctor humo o idea dentro del cuarto, la doña abría (abre) su maleta e identifica lo que el viejo guardaba (guarda) allí.

Se fue (va) temblando, medio ciega hasta dar contra la puerta del ropero; encandilada por el fogonazo de luz que le nubló (nubla) la vista. No había (hay) en la valija nada de lo esperado: ni papeles, ni cuadros de comportamiento, ni cifras estadísticas; que por algo el viejo se decía “Doctor”. Nada menos que diamantes y zafiros, rubíes y amatistas, o algo semejante palpitaba (palpita) brillando incesante en su interior...

Desde aquel día la vieja tuvo (tiene) verdadero pánico y juró (jura) no inmiscuirse más en los asuntos del Doctor Sin Nombre.

Poco le duró (dura) la discreción. Al cabo de una semana abría (abre) la puerta del ropero también... Y cuando la cabeza, los pies, las manos y el cuerpo todo del viejo se le

vino (viene) encima, como descuartizado, ahí se murió.

Todo ese cadáver sin sangre, como un muñeco cruelmente seccionado, vino (viene) a cerrar, ¡hasta nunca!, su boca muda de espanto, de terror...

Demasiado para una curandera de barrio.

Porque una cosa es hablar y otra es vérselas con el mismo diablo. Con el mismísimo Mefistófeles sentado sobre su falda, desnudo e irreverente. Como una salamandra; cuerpo escapado de traje azul, camisa amarilla y zapatos rojos, desparramado por el suelo...

¡Quién lo creería! Entonces, el viejo era con certeza, ni más ni menos que el ¿día...?

Sí, todo era motivo de espanto y aquelarre.

## Realidades

El rumor ha cesado.

Sólo el llanto hiriente de los que han perdido a alguien se mantiene firme, punzando nuestros oídos, quebrando el orgullo, doblegando nuestra soberbia. Puro polvo. Polvo que es humano cuando se arroja como estiércol sobre los demás; y divino cuando nos compromete con la única Verdad.

*Claro, el rumor ha cesado porque una lápida termina de sellar un destino. La lluvia es, en cambio, bendición sobre nuestras cabezas, y repica suave en el mármol helado grabado con su nombre: Aída Fontaner.*

*Arriba, el cielo encapotado y gris y negro gimotea plegarias de consuelo.*

*Entonces ocurre.*

*Un rayo de sol.*

*Un rayo de sol deslizándose, atrevido y fugaz, por los paraguas coloridos.*

*Un escalofrío recorre nuestra piel cuando, de igual forma, el rayo de sol, atrevido y fugaz, se posa sobre la tumba.*

*Arriba, el cielo encapotado y gris y negro sigue animando sus ruegos...*

*Pero el rayo de sol está ahí. Las nueve y cuarto de la mañana y su secreto emisor ha volado hasta una altura conveniente, evitando el choque con las cúpulas mortuorias para ganar el predio punteado de cruces.*

*Los ojos me pesan. Mamá insistió en mi compañía. Pobre vieja...*

*Un rayo de sol.*

*“Se casa el diablo, ¿lo ven?”, murmuran los supersticiosos. Otros, por las dudas, se persignan tontamente.*

*Pero puede que sí. Que estén todos equivocados. Que, al fin y al cabo, el Doctor no haya sido el Innombrable, como sospechara Tía Aída y quienes acompañan sus restos, sino algo más. Algo más que una burbuja de luz, como yo pensara... El viejo no era sino todo un Astro-*

*nauta del Sol, como lo insinuara, prendado finalmente por la vieja y por este viejo mundo... Hijo predilecto de su Estrella, cuyos mundos era necesario, de vez en cuando, estudiar, comprender y juzgar si valía o no la pena tenerlo todavía dando vueltas, a su alrededor, como Dios manda...*

Al fin, despierto. Absolutamente.

Juro que no hago trampas.

La cabeza me da vueltas, el cuerpo me duele, y esquivo la mirada hacia la ventana por temor a encandilarme con los rayos del sol...

Pero la mañana se ha presentado gris, con un cielo encapotado e imprevistamente frío para un día de enero como hoy. Y amenaza llover.

No importa. Además, es mi cumpleaños. Y sonrío. Sólo falta que, obviando el tardío desayuno y antes de saludar a nadie o de buscar a los muchachos para festejar con ellos y jugar al fútbol y contarles este sueño, cruce la calle, golpee la puerta, no me contesten, salte el tapial y encuentre a la vieja Aída muerta en el piso del cuarto del cálido Doctor Sin Nombre que, muy temprano, ha vuelto a su país...

“¡Luigi!”. Y corro, porque mamá me llama.

© ADRIÁN N. ESCUDERO, 1978-2008.

ADRIÁN NÉSTOR ESCUDERO  
(Argentina —Santa Fe, 1951—)

Este prolífico autor es un colaborador habitual de **NM**, donde ya publicó *Malditos bichos* (n°1) y *Cuidador de estrellas* (n°6).

## TOBY

SANTIAGO EXIMENO

—Vamos, Toby —dije mientras entraba en la casa—. Es la hora del paseo.

En el interior me esperaba Raúl, el niño de los Expósito. Sonreía y llevaba entre las manos un pequeño paquete, envuelto con papel verde brillante.

—Es para usted —dijo, y me lo entregó.

—¿Para mí? —dije—. Menuda sorpresa.

Los padres seguían la escena en silencio desde el salón. Todos sonreíamos. En el interior del paquete encontré un collar de plata que de inmediato colgué alrededor mi cuello.

—Es precioso —dije—, pero no hacía falta.

—Claro que sí —dijo la madre de Raúl, y me besó en la mejilla—. Es muy bonito lo que hace usted por Toby.

Creo que me sonrojé. No soy muy dada a las celebraciones, y las muestras de afecto no solicitadas siempre me incomodan.

Acompañé a la familia hasta el cuarto en el que esperaba Toby, su

cuarto. Estaba tumbado en el suelo, tranquilo. Las primeras semanas se había mostrado reacio a aceptar mi presencia, pero con el paso de los días había acabado por comprender que, para él, yo era un mal necesario. Nadie iba a sacarle de paseo si yo no lo hacía.

—Vamos, Toby —dije, y él se despertó y me miró con sus ojos tristes.

Esperé, como en ocasiones precedentes, que se abalanzara sobre mí, que me gruñera. No lo hizo. Se limitó a incorporarse sin dejar de mirarme. El padre de Raúl me entregó el collar y yo lo coloqué con cuidado alrededor del cuello de Toby.

—Está muy tranquilo —dije, mientras le acariciaba la cabeza—. ¿Al final...?

—Sí —me interrumpió la madre, mirando a Raúl—. Al final nos decidimos por la medicación. Si queremos que viva con nosotros necesitamos que esté tranquilo. Realmente lo necesitamos. No puede estar todo el rato gruñendo y abalanzándose sobre la gente, tratan-

do de escapar. Como si nosotros no nos preocupáramos por él.

—Ya —dije, enganchando la correa en el collar e invitando a Toby a que me siguiera.

—Después de la operación en las cuerdas vocales para evitar que hiciera... esos horribles ruidos, creímos que sería lo mejor. Al fin y al cabo, ya está castrado —dijo el padre.

—Nos habíamos planteado incluso la opción de sacrificarlo —dijo la madre, y Raúl negó con la cabeza.

—Eso sí que no.

—Ya —dije y sonreí y me dirigí hacia la puerta, seguida por Toby.

Nos despedimos y salimos al descansillo. Cuando Raúl cerró la puerta conduje a Toby hacia las escaleras y comenzamos el descenso. Estábamos en un segundo piso, sólo teníamos por delante cuatro tramos de escaleras. A ambos nos resultaba más cómodo que utilizar el ascensor, donde nos rodeaban los espejos por todas partes. Cuando Toby se veía en un espejo abría la boca, sacaba la lengua, aullaba. Creo que era incapaz de soportar la visión de sí mismo. Perdía los nervios.

Bajamos las escaleras y, tras abrir la puerta que daba a la calle, dejamos que la luz de las farolas de la entrada nos envolviera. Ya era noche cerrada, la hora del paseo. Antes podíamos pasear por las mañanas, a plena luz del día, pero poco a poco la gente se ha vuelto más intransigente, más desconsiderada, incapaz de aceptar que Toby y otros como él se mezclen con ellos. Un amigo me contó que en el pasado, no hacía mucho tiempo, la gente paseaba con sus ani-

males y se reunía en los parques y todo parecía estar bien. Modas, supongo. Cada época tiene las suyas.

Toby me miró cuando nos detuvimos en un semáforo. La medicación lo había convertido en un ser sumiso, tranquilo. Agradable para todos nosotros. A nuestro lado, una mujer de mediana edad nos miraba con los ojos muy abiertos. Tenía miedo, claro. Yo era demasiado joven para compartir ese miedo. Su temor era para mí muy lejano, muy difuso. Nuestra generación entiende perfectamente esta situación. Raúl nunca se sentiría asustado, ni siquiera incómodo, viéndome pasear a Toby.

La mujer retrocedió y se alejó, no sin antes santiguarse. Antiguas costumbres, antiguas modas. Nosotros cruzamos la calle y nos detuvimos en una de las zonas señaladas con tinta amarilla, junto a un árbol.

—Vamos, Toby —dije, y él, obediente, hizo sus necesidades.

Cuando llevas cierto tiempo de paseante —un trabajo mal visto, pero muy bien pagado— adquieres con ellos un vínculo muy especial. Una sola frase, una sola mirada, y actúan como deben. Imagino que antes debía de ser más complicado, cuando psicólogos mal preparados y falsos defensores de la fe te decían cosas como que había que razonar con ellos o darles cariño. Cosas así. Ahora lo que impera, lo que está de moda, es el respeto. Si consigues que te respeten todo va bien y con el tiempo puede desarrollarse entre ambos un sentimiento parecido al aprecio.

Una vez Toby hubo terminado volvimos a su casa. Por el camino

nos detuvimos delante de una tienda de electrodomésticos. Medio centenar de pantallas digitales mostraban medio centenar de imágenes distintas. Informativos, partidos de fútbol, dibujos animados, cocina. Un caos visual que —yo lo sabía— Toby adoraba. En su casa no podía ver la televisión, claro. No tendría ningún sentido dejarle entrar en el salón ni en ninguna otra habitación que no fuera la suya, adaptada para sus necesidades. A veces acudías a casas donde los dejaban vagar por los pasillos, por las habitaciones, sin preocuparse por ellos. Luego se quejaban cuando se orinaban en una esquina, o se quedaban dormidos en cualquier parte. Si no actuabas con firmeza al final te dominaban.

Dejé que Toby disfrutara de las imágenes unos minutos y después reanudamos nuestro camino. Llamé al telefonillo para que me abrieran la puerta. Entramos y, en vez de subir por las escaleras, decidí llamar al ascensor. Quería ver si esa nueva medicación que le habían recetado a Toby le permitía soportar la visión de sí mismo.

—Entra, Toby —dije cuando las puertas del ascensor se abrieron.

Entramos y pulsé el botón de la segunda planta. Las puertas se cerraron y quedamos rodeados por infinitas versiones de nosotros mismos, reflejadas en las cuatro paredes de espejo del ascensor. Toby no reaccionó. Atrás había quedado su violencia, su rabia. Todos podíamos estar contentos.

En la puerta me esperaba Raúl. Le di la correa y él se la entregó a su

padre, que se llevó a Toby dentro. Raúl permaneció allí, mirándome.

—¿Pasa algo? —le dije.

Él sonrió.

—No.

—Pero quieres preguntarme algo, ¿no?

—Sí —dijo.

—Adelante.

—¿Usted quiere a Toby?

Una buena pregunta. Al final siempre encuentras a alguien en la familia que, más allá de gestos hipócritas y falsas sonrisas, de verdad siente aprecio por ellos. Sé que si por la sociedad fuera, si por mí fuera, todos estarían muertos, pero todavía queda gente como Raúl, capaz de sentir algo cercano al cariño. Es loable. Extraño también, y quizá inadecuado si piensas en tu futuro.

—No, Raúl, no quiero a Toby. Siento cierto aprecio por él, nada más —dije.

La sonrisa desapareció de su rostro. Imagino que debía de haber tenido esta conversación anteriormente con sus padres y la respuesta, si no similar, debía de haber sido tan insatisfactoria como la mía.

—Yo sí le quiero —dijo, y antes de que yo pudiera decir una palabra, añadió—: ¿Es algo malo?

—Claro que no —respondí, acariándole la cabeza—. Claro que no. Claro que no es malo.

—Vale.

Me di la vuelta para marcharme, pero Raúl me cogió la mano.

—¿Sabe por qué le llamamos Toby? —dijo, y yo negué con la cabeza—. Es el diminutivo de Tobías.

—Bonito nombre —dije.

—Sí. A mi abuela le gustaba mucho. Siempre lo decía. Mi Tobías. Mi padre iba a llamarse así, pero al final lo cambiaron por Santiago. El diminutivo es más soso: Santi.

—No está mal tampoco —dije yo—. En fin, tengo que marcharme, Raúl. Volveré la próxima semana. Y

recuerda, no es malo que quieras a Toby.

—¿Seguro?

—Seguro —repetí mientras cerraba la puerta—. Seguro. No puede ser malo querer a tu abuelo.

© SANTIAGO EXIMENO, 2008.



SANTIAGO EXIMENO  
(España —Madrid, 1973—)

Fue galardonado en dos ocasiones con el Premio Ignotus, que concede la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, y sus relatos han sido traducido a varios idiomas. Su obra, que transita desde el horror más descarnado hasta el realismo mágico más intimista, ha aparecido en numerosas antologías y revistas de género. Ha publicado varios libros, entre ellos: *Asura* (Grupo Ajec, 2004, 2008), *Imágenes* (Parnaso, 2004), *Subcontratado* (Ediciones Efímeras, 2006), *Cazador de mentiras* (Jaguar, 2007) y *Bebés jugando con cuchillos* (Grupo Ajec, 2008).

Mantiene una *web* ([www.eximeno.com](http://www.eximeno.com)), con información actualizada.

## VISIONES

M<sup>a</sup> EUGENIA PEREYRA

*La vida es un ciclo de energía; viene, se va y vuelve.  
La vida no se extingue; sólo se transforma en otra energía.*

Me gritan: ¡bruja! Pero no, ¡no! No soy lo que los aldeanos dicen. ¡Se equivocan! ¡Hieren mis sentimientos, mi espíritu! Yo no las llamo, las visiones llegan solas. Aparecen en mi mente y surgen de mis labios convertidas en palabras cuando ellas quieren. Algunas veces, dibujan signos en el pergamino cuando la mano se deja conducir por la pluma de ganso. Ésta escribe sola. ¡Vuela!

Salgo del arroyo... Me envuelve el aire fresco de la mañana. El aroma de la flora me perfuma con una dulce caricia; se esparce en el ambiente... Aspiro profundo y corro por la hierba como una niña, como un cervatillo. Recojo flores. Mezclo sus colores en una rama de muérdago y adorno mi cabeza con la guirnalda. Los pies descalzos me permiten el contacto directo con Gaia. Su energía recorre mi cuerpo; la siento y grito: "Diosas y dioses: ¡gracias por la primavera!". El viento les llevará mi voz hasta la profundidad de ese hermoso cielo azul.

El Sol brilla. Parece una bola de nieve encendida. La vida está alegre. Nacen retoños, gorjean los pichones; aletean colores en el aire, son las mariposas. La primavera entona su sinfonía. Y sonrío, porque aún resuena en mis oídos la música de flautas, címbalos... y los cánticos rituales a la Diosa Madre, la única Diosa, la de los mil nombres, en la que vibra el primer latido de la vida. Casi hasta el despuntar del alba, los últimos de mi raza danzamos ocultos en el claro del bosque de robles bajo la Luna Llena. Danzamos en círculo, alrededor del fuego, coronados de muérdago y enloquecidos por el vino, festejando el Equinoccio. Corro, sigo corriendo, tratando de abrazar el aire; ya diviso la cabaña. Canta mi espíritu; yo canto. Mi cabello vuela en la brisa; las mangas de la túnica semejan alas de cisne. Cierro los ojos; siento que me remonto hasta el infinito azul.

De pronto, otra vez... Otra vez lo veo... Me detengo.

¡La visión, la visión! De nuevo es la misma... Sí, sí, siento su dolor...

Me atraviesa. Me lastima el corazón. Es él, el Gran Duque. ¡Ése es su pendón; ése es su escudo! Tiene puesto el amuleto de azabache que le entregué. ¡Lo han herido! Lo han herido...

Recorro el resto del sendero, despacio. No demorarán; sé que vendrán por mí. Vendrán... Los espero sentada en el borde del pozo; las enredaderas lo cubren con sus flores lilas. Arrojo la guirnalda dentro de sus oscuras entrañas. Aguardo...

Pasa el tiempo como una silente e infinita serpiente negra. No aparecen aún, pero llegarán. Mis ojos barren la pradera. Deseo grabar en mi mente los verdes de la hierba, de las hojas nacientes en los árboles; los colores que percibo. Deseo aspirar el aroma de las flores, de la tierra húmeda por el rocío, del aire fresco, y guardarlos en lo más profundo de mi ser.

Por fin, esta angustiada espera termina. Brillan sus lanzas, relinchan sus caballos y suenan los escudos al final del bosquecillo...

“Lo veré vivo o muerto; es el ritual”.

¡Por los mil demonios! No alcancé a llegar a tiempo; se la llevarán al castillo. Lo sabía. ¿Por qué no me apresuré? ¡Maldita sea! ¡Maldita sea mi señora, la Gran Duquesa! Lo hizo a propósito; me entretuvo. Es tarde. Ya los divisó; demasiados para sólo doblegar a una frágil niña. ¡Diantre! Son demasiados también para esta espada. No puedo arriesgarme. Por ahora no podré hacer nada. La doncella se pone de pie. Con serenidad y

la cabeza alta los aguarda junto al pozo; se parece a Ostara, su diosa de la primavera. ¡Es valiente! ¡Es hermosa...! Melusina, Melusina... Deseo gritarle; sin embargo, callo. La llevarán ante el Gran Duque. La acusarán de bruja. Mi alma se retuerce; duele. No soy capaz de moverme, me acobardo, ¡maldita sea! Permanezco tras la roca. Espero que este animal no relinche; no deben verme ni ella ni los soldados enviados por la Señora. Me apresarían...

“Lo veré vivo o muerto; es el ritual”, la oigo susurrar, mientras un soldado la sube sin miramientos a la grupa de su cabalgadura. Me duele; sin embargo, vuelvo a callar...

Con cautela los sigo un poco atrás hasta cruzar el puente levadizo de la fortaleza. ¡Es asombroso lo que observo! Ella lo sabía, lo sabía... ¡La Duquesa no perdió el tiempo mientras me entretenía! Leyó mis pensamientos..., adivinó mis sentimientos. Mintió... ¡El Gran Duque...! La Señora no dejó que lo supiera...; entre tanto, preparó todo. El gran patio amurallado está lleno de gente; son aldeanos, vasallos y soldados. No es un secreto para nadie que el tirano amaba a la pagana; él deseaba que fuera suya... lejos del castillo.

Escucho un ronco murmullo. Recorre como una ola la explanada: lo tenía hechizado. ¡Eso no es cierto! No, ella no embrujó al Gran Duque; eso lo sé yo. Él se había prendado de esa niña de delicadas formas, etérea como las ninfas de los árboles e inalcanzable como un hada. La había visto bañarse desnuda en el arroyo los días de purificación, antes del ini-

cio de la anterior primavera; danzar en el entorno mágico del bosque coronada de flores y trazar el círculo ceremonial donde ardería el fuego para su rito de iniciación, de su consagración a los dioses. La había oído cantar invocando a sus deidades del aire, del agua, de la tierra, hablando con el roble, gorjeando con los pájaros. Y el corazón del Señor se incendió... Su deseo lo abrumó uno y otro día. Ya no pensaba en sus batallas ni le importaban las contiendas; la figura de la virgen adolescente ocupaba su mente. Pero esa feérica criatura lo rechazaba con dulzura. Ella pertenecía a los dioses, le decía la doncella. Fui testigo excepcional de lo ocurrido; yo lo presencié, mientras acompañaba al Gran Duque y él la espía. Y también me enamoré de ella... Pero, ¿qué podía decir, que no me costara la cabeza...? Sí, estoy enamorado de esa grácil niña que ahora me están arrebatado los soldados de la cruel Duquesa. No lo soporto. Me marché lejos de aquí; no presenciaré esto. Tal vez sea un cobarde; sin embargo, nada puedo hacer. Me apresarían; no tendrían piedad de mí...

Y en aquella lejana puesta del Sol, los bárbaros humanos le cortaron el cabello. Cayó igual que las espigas del trigo recién segado. Algunos recogieron sus mechones como si fueran de oro puro; eran mágicos, eran de meiga, eran de hechicera. Todo sucedió rápido en medio del silencio. Apenas la oyeron cantar, mientras su túnica blanca resbalaba hacia la tarima de madera:

*Yo soy la bruma  
[que emana de los lagos;  
Soy el agua, soy el río;  
Yo soy la lluvia  
[que riega la cosecha;  
Soy el trigo, soy la tierra;  
Yo soy el fuego que arde  
[en las entrañas de los montes;  
Soy la llama, soy el viento...  
Yo soy el aire que brota  
[de los bosques;  
Soy la hoja, soy el roble...*

Melusina, nuestra consentida y amada dríade, comprendió que se estaba yendo; alcanzó a ver la caja y supo quién reposaba ahí. Fue el estandarte con la cruz del Gran Duque el que observó. Sus ojos se humedecieron...; su don la había condenado. Entonces, bajo el Sol, saetas eléctricas manifestaron nuestra furia y a cántaros cayeron nuestras lágrimas sobre aquellos ignorantes. ¡Ella no había deseado su muerte! Únicamente había visto, por gracia de los hados, lo que a él le ocurriría y se lo advirtió a sus cercanos una noche, bajo el libro de las estrellas.

En medio del torrente, en un éxtasis de felicidad y de paz, envuelta por la fascinante melodía del Cosmos, Melusina sintió que se elevaba convertida en la más pura energía, por la trinitaria espiral luminosa, hacia nosotros. Era libre, gritó. Mas su voz sólo se oyó aquí, en la Torre de Aire Invisible, en el *Nemed*, en el cielo de Orión, y luego, mientras ascendía, vio abajo su cuerpo, tendido en el suelo. La habían bajado de la horca. Los silencios del olvido cubrirían su desnudez.

Pero ella volverá, claro que volverá... Una y otra vez. Eso nos corres-

ponde determinarlo a nosotros, los dioses. Y en su nueva odisea no se llamará Melusina, nuestra querida dríade. Será Pamoare. Una núbil belleza, una hermosa princesa. Cuando le vuelvan a arrebatarse la vida, por los dones que le concederemos, una explosión de luces multicolores, en gigantescos espirales, se elevará al infinito. Pero caerán de nuevo en la Tierra. Cubrirán sus arenas con un

manto verde y se abrirá una senda llena de flores. Aparecerán cintas de plata líquida; surgirán árboles cual centinelas; el cielo se cubrirá de colores con el plumaje de aves y un concierto de trinos saludarán su nueva muerte y la creación del más bello paraíso que haya existido en el planeta: Sudamérica.

© M<sup>a</sup> EUGENIA PEREYRA, 2008.



MARÍA EUGENIA PEREYRA  
(Colombia)

Amante de hadas, duendes, brujas y elfos, esta arquitecta de la Universidad de los Andes, de Bogotá D.C., desde niña tuvo la inclinación de contar cuentos. Escribió en la separata infantil dominical de uno de los más prestigiosos diarios colombianos (“El País de los Niños”) y es parte del cuerpo editorial de Los Forjadores.

La versión inicial de este relato se publicó en **Las Crónicas de la Forja 6** (“Técnica: Cambios de narrador”).

# CONDENADO A MUERTE ESCAPA

DANIEL BARBIERI - SANTIAGO OVIEDO

## I

En el bar del Empalme Especial Ómicron 2 las horas pasaban lentamente entre relevo y relevo. Enrique Orgambide miraba con una mezcla de curiosidad y repulsión la confusa muchedumbre que se movía por la semipenumbra del lugar: mercaderes de Argolia II, turistas o criminales que hablaban idiomas diferentes, aun cuando emplearan la misma lengua; una multitud integrada por individuos de distintos y remotos orígenes que esperaban el trasbordo que los llevaría a sus destinos, absolutamente aburridos e incapaces —o sin deseos— de comunicarse entre sí.

—Recuerdo lo que sucedió en Lanterna, un planeta del Cuadrante 27-S —comentó Enrique, con el tono de aquel que habla más bien para sí mismo—; fue antes de que el Centro me contratara y tuve alguna participación en su desenlace.

Así comenzó a relatar otra de sus historias, de esas que a veces me dan ganas de salir corriendo rumbo al ba-

ño más cercano, pero que siempre escucho atentamente. Peor es el aburrimiento, el tener que aceptar —como tengo los papeles en regla— algún trabajo miserable para mantenernos mientras esperamos nuevas órdenes.

A veces es mejor vivir aventuras de segunda mano que tener que mezclarse con la gente. Pedí otra cerveza y me dispuse a oír el relato.

El transporte llegó a Lanterna desde Bizancio; era un carguero lento y llevaba apenas tres pasajeros, de los cuales sólo Isaías Carnot desembarcaría en ese aislado planeta. Se supone —o al menos eso decía él— que iba a visitar a un primo político que residía allí, con el fin de resolver un asunto familiar. Si bien dicha persona estaba enterada de la próxima visita de Isaías, no sabía la fecha exacta de su arribo, pues un inconveniente en las comunicaciones le había impedido al viajero mandarle un mensaje de aviso.

Carnot descendió en Astropuerto Bakunin, una de las pocas cosas or-

ganizadas de Lanterna, y eso porque en sus alrededores estaban las dos dependencias diplomáticas que tenían representación en aquel mundo y el único hotel. Pero Isaías decidió no perder tiempo en el astropuerto y dirigirse directamente a la casa de su primo, situada en Ciudad Bakunin, a pocos kilómetros de allí.

Se sorprendió un poco de que la rampa de descenso lo dejara directamente en el salón de acceso, sin paso previo por oficinas aduaneras ni ventanillas de visas, pero mayor fue su asombro cuando a la salida del edificio no vio transportes públicos ni nada que se les pareciera. Tampoco había mesas de informes ni cabinas para llamar taxis.

Era poco lo que sabía de Lanterna: que era un planeta aislacionista y que su núcleo urbano principal era Ciudad Bakunin; en su unidad personal tenía cargado un plano de ella, con la dirección de su primo señalada en él... Bueno, si es que ese conjunto de casas desperdigadas podía recibir el nombre de "ciudad".

Los pocos lanterneses con los que se cruzó le resultaron poco útiles. Ignoraron olímpicamente sus preguntas y uno o dos lo miraron con un ligero gesto de fastidio. Sólo cuando se encontró con un robot tuvo un poco más de suerte. Éste disipó algunas de sus dudas y lo encaminó en aquel laberinto de calles. Sin embargo, con su última observación lo desorientó.

—El humano parece cansado y acaso podría tomar un vehículo.

—¿Cómo?

El robot —un robot-barrendero— demoró un poco en contestarle, como la hacía siempre que Carnot le dirigía una pregunta directa.

—Los vehículos estacionados vacíos están a disposición de los humanos —dijo, y prosiguió con su tarea.

Se dirigió hacia una esquina donde había dos vehículos estacionados. Nervioso, se subió a uno. Era de encendido directo; no necesitaba llave. Con las palmas de las manos empapadas por la transpiración comenzó a avanzar por las calles. Poco a poco se dio cuenta de que en todas las esquinas había dos a tres vehículos vacíos, aguardando; cuando algún lanternés dejaba el artefacto el llegar a su destino, y luego de un tiempo prudencial, la máquina se encaminaba automáticamente hacia alguna esquina vacía y aguardaba al siguiente usuario. O, al menos, eso fue lo que dedujo Carnot.

Cuando llegó a la casa de su primo y llamó a la puerta, nadie contestó. Volvió a llamar un par de veces y en el ínterin su transporte se alejó. Luego tendría que buscar otro. Tanteó la puerta y ésta se abrió, pero no se atrevió a entrar. En la casa de al lado —extrañamente cercana, para las normas de construcción lanternesas—, había un anciano en la puerta. Recordando sus experiencias con los otros nativos, no se animó a hacerle ninguna pregunta. A un costado de la casa había lo que parecía ser un campo de juegos para niños, en el que una docena de ellos se correteaban entre sí. No parecía estar con ellos ningún adulto. Un

poco más lejos se alzaban los primeros árboles de un bosque extraño, tan extraño como puede llegar a serlo cualquier cosa con la que uno no esté familiarizado.

Se sacudió sin saber qué hacer, preocupado. El anciano volvió a mirarlo y comenzó a hablar casi sin interrumpirse, rápidamente.

—El habitante de esa casa está de viaje por otra región de Lanterna. Vuelve esta noche. Se lo ve cansado. Estamos haciendo una fiesta y hay bebida y comida para todos. También hay lugar para dormir, si no quiere quedarse solo en esa casa. —Sonreía amigablemente.

—Gracias —fue lo único que atinó a decir Carnot. Luego prosiguió: —Llegué desde Bizancio para ver a Luis Klipper, mi primo. No pude avisarle que venía por culpa de una tormenta especial.

El viejo asintió.

## II

En el interior de la casa se disipó un poco la mala impresión que le había producido la sociedad lanternesa. La gente era amigable y lo integraba a las conversaciones, si bien no le hacía ninguna pregunta. Él tampoco se animó a hacerlas.

Pasó un largo rato y nadie le ofreció nada de lo que el viejo le había hablado, aunque se veían las mesas repletas de viandas con alimentos y botellas que contenían licores de exóticos colores. Carnot, sin embargo, notó que los otros presentes se servían ellos mismos y también se encaminó hacia aquellas mesas, ro-

gando por no ruborizarse y esperando que no fuera una falta de respeto por parte de un recién llegado.

Nadie le dijo nada y se sintió más aliviado. Hablaba poco y de esa forma se enteró de muchas cosas de la vida en Lanterna. Aparentemente todo estaba automatizado —con referencia a las tareas de producción— y los lanterneses se dedicaban a cultivar aquellas actividades que cada uno quería, especialmente dentro del campo del arte y del pensamiento abstracto. Cualquiera era libre de tomar las cosas que necesitara de los Depósitos, sin tener que realizar ningún tipo de trámite. Eran marcadamente individualistas, si bien lo más importante para ellos era mantener la integridad de su planeta. Y este último hecho no dejaba de ser una forma de remarcar su individualismo.

Se seguía escuchando el griterío de los niños en el patio del costado, y Carnot se acordó de su planeta.

—Los chicos son iguales en todos lados —dijo al tiempo que sonreía—. En los parques de juego de Bizancio hacen el mismo barullo.

—No es un parque de juegos —le aclaró una hermosa lanternesa—. Es un colegio. Están estudiando.

Carnot recordó la ausencia de adultos entre las criaturas.

—¿Estudiando? ¿Y los maestros?

Nadie contestó su pregunta; siguieron hablando como si no lo hubieran oído.

Carnot no era muy afecto a la bebida, pero descubrió que los licores lanterneses poseían un sabor insospechado. Eran suaves como caricias de mujer; refrescantes como agua

de deshielo. Nada de lo que conocía se parecía a aquello. También era cierto que se subían fácilmente a la cabeza. Se sentía acalorado y siguió bebiendo para sentir, al menos, una frescura pasajera.

Alzó una copa y la miró al trasluz. Se rió y dijo, levantando quizá un poco la voz: —Esta bebida es maravillosa. Tienen que comercializarla entre todos los planetas de la Federación. No pueden perderse un negocio así. Ofrezcan esto y les darán todo lo que necesitan. Es más, tengo muchos contactos en Bizancio y no tendría inconvenientes en representarlos, una vez que arreglemos la comisión.

Los otros se callaron y se volvieron hacia él, que seguía hablando.

—Vamos a inundar a todos los planetas con publicidad y debemos incrementar la producción todo lo posible. Hay que conseguir contratos con las mayores cadenas de hoteles y con los mejores restaurantes.

Todos los lanterneses lo miraban en silencio.

—¿Qué les pasa? ¿No saben darse cuenta de un buen negocio cuando lo tienen frente a sus narices? ¿O es que no se atreven a encararlo? Me parece que su aislamiento no les hizo ningún bien.

Volvió a reírse y prosiguió con la exposición de su proyecto. Tenían que diseñar una etiqueta atractiva; quizá algún nuevo tipo de envase. Sería conveniente instalar una misión comercial de Bizancio en Lanterna y una de Lanterna en Bizancio. Se podía llegar a dar un vuelco en la economía de los mundos de la Federación de Planetas. Lanterna tenía que

ingresar a ella y, formando un frente con Bizancio, se podía generar un nuevo núcleo de poder.

Súbitamente, Carnot tomó consciencia de que estaba hablando en una habitación desierta.

O casi.

Tres lanterneses permanecían en silencio; los rostros sombríos, las posturas algo tensas. Carnot se calló. Uno de los lanterneses —un hombre barbado de anchas espaldas, cuyo oscuro cabello comenzaba a ser plateado por las canas— se incorporó y se puso a mirar por la ventana de la habitación, hacia la escuela, donde los niños seguían correteando y cantando viejas tonadas infantiles de la antigua Tierra.

—La Ley no existe porque no hay nada por encima de la libertad del hombre, pero cuando se atenta contra esa libertad se debe imponer un castigo —dijo con total indiferencia.

Algo —un presentimiento o quizá sencillamente miedo— se agitó en el interior de la mente de Carnot.

—Todos fuimos testigos de las palabras del extranjero —prosiguió la mujer rubia que había hablado con él—; palabras que atentaban contra la libertad de Lanterna y contra las libertades de todo lanternés.

Carnot no podía convencerse de que aquello fuera realmente lo que parecía: un juicio. Se sentía acalorado por el licor que había bebido y el aire de la sala le parecía caldeado. Afuera, los chicos seguían cantando.

Hay otras declaraciones contra el acusado —dijo el tercero de los lanterneses—. Desde que llegó al astro-

puerto estuvo generando perturbaciones, molestando a ciudadanos decentes.

—Intervencionismo. Espionaje, tal vez —dijo el primero.

—Delitos graves. Exigen algo más que una multa.

Carnot miró a sus jueces. No se diferenciaban en nada de cualquier otro ciudadano lanternés. Por otro lado, estaba el lugar en el que se realizaba el proceso: la casa donde había transcurrido la fiesta. Sintió cómo la furia crecía en su fuero íntimo.

—¡Esto es una farsa! Nada me demuestra que ustedes sean realmente representantes del Poder Judicial. Esto no es un tribunal. Y, por otra parte, las acusaciones son falsas.

—El extranjero olvida que en Lanternerna no hay leyes —dijo el de barba—. Por eso mismo no hay jueces; sólo Voluntarios. Y fuimos nosotros quienes nos ofrecimos para tratar su asunto. Porque sí hubo un crimen, al menos para nuestro sistema de vida. Y debemos encontrar la forma de castigarlo.

—¿Qué significa todo esto? —gimió Carnot. Nadie contestó a su pregunta.

### III

El tiempo siguió avanzando. Algunos críos se retiraron de la “escuela” y otros los reemplazaron. El “juicio” continuaba pero estaba a punto de concluir.

—Los crímenes son demasiado graves como para solucionarlos con una simple multa —dijo el lanternés más joven.

—Me temo que así es —afirmó el que llevaba la voz cantante—. Queda una única salida.

—La pena máxima —sentenció la mujer.

—Pero, ¿y mi defensa? —argumentó Carnot.

No le prestaron atención. El lanternés de barba miró a Carnot y le dijo: —Dentro de una hora (Tiempo Especial Convencional) se ejecutará la sentencia en la Plaza Mayor de Ciudad Bakunin y usted dejará de existir.

—Pero debe de haber algo que se pueda hacer... —murmuró Carnot, distante, abatido.

El lanternés lo miró un rato antes de contestarle.

—Está la posibilidad de escapar, pero no le resultaría útil. Cualquier lanternés se puede ofrecer como Ejecutor Voluntario para verificar que se cumpla la sentencia. —Y se retiró seguido por los otros dos, dejando solo a Carnot en la semipenumbra de la habitación.

El hombre de Bizancio se quedó sentado, anonadado ante todos aquellos sucesos. A través de distancias mayores que los abismos estelares le llegaban percepciones de su entorno: la brisa que entraba por las ventanas y las puertas abiertas; los sonidos del astropuerto, en el otro extremo de la ciudad, cruzando la Plaza Mayor; las voces de los chicos al hacer una ronda...

“Aserrín, aserrán, los maderos de san Juan...”.

Se tapó los oídos con las manos; no quería escuchar la parte del “y les cortan el pescuezo”.

Poco a poco, sin embargo, su instinto de supervivencia lo hizo reaccionar. Advirtió que lo habían dejado solo y sin vigilancia. Por un momento temió que se tratara de una trampa, pero no era eso. Espió hacia el exterior de la casa. Anocheceía. Los chicos ya se habían retirado. Tenues luces comenzaban a iluminar las calles de Ciudad Bakunin.

“Está la posibilidad de escapar”, había dicho el lanternés. No lo alentó, pero... Se fijó en la hora; faltaba poco para la ceremonia en la plaza. Si pudiera huir, llegar al astropuerto, asilarse en uno de los consulados o abordar alguna nave... De todos modos, cualquier cosa era mejor que quedarse ahí, esperando.

Corrió hacia una esquina, con el tiempo pisándole los talones. Abordó un vehículo y se dirigió hacia el astropuerto, dando un rodeo para tratar de evitar el centro de la ciudad, Pero no hizo más de cuatrocientos metros. Su transporte se detuvo y no quiso volver a arrancar. Subió a otros, pero tampoco entraron en movimiento. Volvió a verificar la hora. Ya era el momento de la ejecución. Era inútil intentar alcanzar el astropuerto. Recordó las otras palabras del “juez”: “Cualquier lanternés se puede ofrecer como Ejecutor Voluntario”. No podía permanecer en la ciudad.

Hizo lo único que tenía a mano. Volvió sobre sus pasos, dejó atrás la casa de su primo y aquella en la que había sufrido esa pesadilla y se dirigió hacia el bosque que crecía más allá. Se zambulló en la masa verde que tan extraña le había parecido anteriormente y abandonó lo poco que conocía de Ciudad Bakunin.

Cuando dejó de correr se había internado profundamente en la espesura. Se acuclilló para recuperar el aliento y observó todo lo que lo rodeaba: vegetales exóticos, chocantes. Era obvio que los primeros colonos a Lanterna no habían llevado consigo especies foráneas; habían dejado que la flora del planeta se siguiera desarrollando como siempre y se habían adaptado a lo que ese mundo les brindaba. Quizá habían dicho: “Si no se puede vivir en un lugar tal como es, entonces no vale la pena colonizarlo”. Era una política que se había seguido con muchos planetas. En otros no había pasado la misma y se los había modificado hasta forzarlos a ser habitables para el ser humano.

Pero lo cierto es que aun en Lanterna —donde no se había agredido el esquema ecológico original— se producía cierta modificación. Eso lo pudo descubrir Carnot. Pese a que, en cierta forma, Ciudad Bakunin estaba integrada con el bosque que la rodeaba, las criaturas móviles tendían a agruparse en los sitios más alejados de los asentamientos humanos.

En cuanto Carnot estuvo en esos mismos lugares, pudo ver unas formas vivientes que hubieran llenado de satisfacción a cualquier xenobiólogo. Pero él no lo era, y eso no le causó ningún placer. Antes bien, en un principio algunos de aquellos animales le produjeron una suerte de repulsión. Luego se fue acostumbrando, pero fue un proceso lento, un proceso que comenzó cuando tuvo que preocuparse por su subsistencia.

Primero —marchando a través de la espesura— se acercó a otros pobla-

#### IV

dos de Lanterna. Rehuyó cualquier contacto con los nativos y trató de llegar hasta alguno de los Depósitos. En dos ocasiones lo pudo hacer, pero sus puertas automáticas no se abrieron. Desesperado, huyendo como un animal herido, volvió al extraño bosque, que ya era lo único que le resultaba familiar.

Toda aquella época la vivió como un sueño, completamente desconectado —o casi— de la realidad. Se fue convirtiendo en otro animal lanternés, luchando para sobrevivir, matando para comer y escapando para no ser muerto. Se alimentaba con cosas a las que en otra situación ni se hubiera acercado: gusanos del aire, excremento de ratas de lago, frutos de mandrágora macho... El tiempo pasaba sin que tuviera noción de él. Vivía —por así decirlo— en una húmeda cueva de un paraje montañoso del hemisferio sur de Lanterna, el más agreste y deshabitado.

En una oportunidad —accidentalmente, sin quererlo— se topó con un lanternés que se hallaba en una expedición de caza. Por un momento pensó que era un Ejecutor que venía a buscarlo y se quedó quieto, al descubierto, demasiado sorprendido para escapar. Demasiado cansado. Pero el cazador pasó a su lado como si no existiera y siguió su camino.

Isaías Carnot se aferró a un árbol y resbaló hasta quedar de rodillas. Apoyó su cara contra la rugosa corteza del tronco y comenzó a llorar. En ese llanto afloró lo poco que le quedaba de humano.

Pero no había nadie que lo escuchara.

El cuerpo del prófugo se iba consumiendo lentamente. Yacía enfermo en el piso de la cueva. Deliraba. Su espíritu estaba mucho más lejos, ajeno a todo lo que le pasaba a aquél. Pero aun así advirtió que alguien entraba en su refugio.

—Un Ejecutor —dijo.

—No —le respondí—. Mi nombre es Enrique Orgambide y también soy extranjero en Lanterna. Vine a ayudarlo.

Pero era poco lo que se podía hacer por él. Ardía de fiebre, estaba minado por parásitos y le quedaba poco tiempo de vida. Suspiró: —¿Por qué me pasó todo esto?

—No fue más que una trágica sucesión de errores. Y de ignorancia. En estos momentos podría estar disfrutando del sol en alguna de las playas de Bizancio.

—¿Cómo dice? —preguntó mientras intentaba incorporarse.

Permitió que lo volviera a acostar. Bebió un sorbo de agua y le coloqué un trapo húmedo sobre la frente.

—¿Qué quiere decir? —repitió, un poco más calmado.

—Primero, le dirigí preguntas directas a los lanterneses luego de abandonar el astropuerto. Después, expuso de un modo demasiado agresivo un proyecto comercial e incluso recomendó que Lanterna se uniera a la Federación de Planetas. A todo esto se lo puede considerar como un error único.

”Lanterna fue colonizada por pioneros anarquistas, extremadamente anarquistas. Para ellos, el ‘Yo’ era la medida de todo y no estaba subor-

dinado a ninguna jerarquía. Llegaban hasta el punto de considerar que una pregunta era una forma de coaccionar las libertades ajenas. Y a partir de eso generaron una cultura donde el lenguaje toma una forma elíptica e indirecta. Por eso nadie contestaba a sus preguntas, salvo alguno que otro robot, los que —como tales— no tienen libertades.

—O sea que, cuando luego me expresé en forma tan taxativa, lo tomaron como una intromisión, como un atentado contra sus personas.

—Así es.

Carnot pareció irse junto con el suspiro que exhaló al comprender aquello.

—Pero eso no fue lo más grave, sino lo que vino después, con el juicio. Eso fue otra lamentable muestra de desconocimiento. Ellos no lo habrían matado

El moribundo no preguntó nada, pero su expresión lo decía todo.

—En la Plaza Mayor habrían manipulado su mente de tal forma que la sola idea de visitar Lanterna le resultara inconcebible, y luego lo habrían puesto a bordo de la primera nave que partiera rumbo a cualquier planeta. Su no comparecencia en el lugar de la “ejecución” los obligó a seguir con la segunda posibilidad.

”Apenas arribó a Lanterna, unos sensores automáticos (ellos los llaman ‘sensobioles’) la captaron y lo registraron, de modo tal que usted podía emplear todos los elementos de uso común en el planeta: los transportes, los Depósitos, las viviendas... Cuando usted no se presentó para cumplir con la sentencia, un lanternés

se ofreció como Ejecutor y borró de las computadoras sus improntas biológicas, con lo que ya no podía acceder a los bienes de Lanterna. De cualquiera de las dos maneras, usted ya estaba *muerto* para el planeta. Pero ahora descanse; en cuanto esté un poco mejor me encargaré de llevarlo a otro.

Eso último era una mentira, pero no le haría ningún mal.

Luego de que lo encontré estuvo agonizando a lo largo de varias horas. Le di más agua; traté de calmar sus sufrimientos. Le conté —aunque no creo que me escuchara o comprendiera— cómo me enteré de lo que le había pasado veinte años atrás: aun en Lanterna hay bajos fondos, y siempre existe alguna manera de acceder a los bancos de memoria.

Hubiera jurado que no llegaría al amanecer pero siguió aguantando hasta bien entrada la mañana. Finalmente me quedé sin agua y él seguía ardiendo de fiebre. Decidí ir a buscar más al arroyo —apenas un hilo de agua— que corría a unos doscientos metros más allá de la caverna. Cuando volví, había muerto. Me quedé ahí un rato, sin saber qué hacer. Luego lo enterré. Y me fui.

Sentía que todo lo que había hecho, luego de enterarme de lo que le había sucedido —buscarlo en aquellos espesos bosques lanterneses a lo largo de tantos días, sin detenerme—, no había servido para nada. En el último momento le había fallado.

Sí, le fallé. Así como le fallé a los lanterneses. Porque para poder en-

contrarlo me había ofrecido como Ejecutor. Mi obligación era estar con él cuando muriese, evitándole cualquier ayuda médica y la eutanasia.

Sólo tenía que presenciar su muerte.

© BARBIERI - OVIEDO, 1986-2008.

DANIEL BARBIERI

(Argentina —Buenos Aires, 1951-2004—)

Bajo este seudónimo escribía DANIEL CROCI, fundador del *fanzine* **Nuevomundo**, donde publicara *Vida artificial* (nº 1, reeditado en **NM** 3), *Él vendrá por mí a medianoche* (nº 2, reeditado en **NM** 1), *Nunca se sabe como empieza* (nº 5) y *Fuera de vuelta* (nº 7), los dos últimos incluidos como un único relato en la 4ª edición de *Un paseo con Gerónimo*, publicado por “Ediciones Turas Mór” (<http://ar.geocities.com/dagornar>).

SANTIAGO OVIEDO

(Argentina —Buenos Aires, 1960—)

Su cuento *Tercera expedición a Iliros IV* (**NM** 3) apareció por primera vez en **Nuevomundo** 11/12. En colaboración con DANIEL BARBIERI también escribió *Los Pobladores* (**Vórtice** nº 10, reeditado en DANIEL CROCI —comp.—, *Literatura fantástica latinoamericana de fin de siglo*, de “Ediciones Turas Mór”) y —junto con JOSÉ ALTAMIRANO— la novela por entregas *Los Pagos* (**Gurbo** y **Nuevomundo**).

*Condenado a muerte escapa* se publicó originalmente en el número 11 de la revista **Clepsidra**.

**Ediciones Turas Mór**  
es un emprendimiento  
para crear libros electrónicos  
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras  
pertenece exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial  
de este material sin la cita de su fuente  
y el respectivo permiso de su autor.

**Ediciones Turas Mór**  
es miembro fundador de  
**e-ditores**

**e-ditores**

[e\\_ditores@yahoo.com.ar](mailto:e_ditores@yahoo.com.ar)

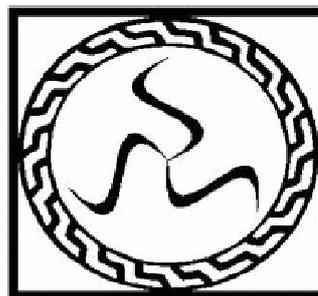
<http://editores.sub.cc/>



**Ediciones Turas Mór**

[e\\_ditores@yahoo.com.ar](mailto:e_ditores@yahoo.com.ar)  
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia  
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina  
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>  
o envíe una carta a Creative Commons,  
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



ESN 35512-080629-272255-60